



1

**¡TÚ**  
**TE LO BUSCASTE!**  
**EMMA M. GREEN**



**¡TÚ  
TE LO BUSCASTE!  
EMMA M. GREEN**

Addictive  Publishing

Emma M. Green

**¡Tú te lo buscaste!**

**Volumen 1**

ZNIL\_001

## En la biblioteca:

### Juegos insolentes - volumen 1

A los 15 años, él era mi peor enemigo. A los 18, mi primer amor. A los 25, nos volvemos a encontrar, por la más triste coincidencia de la vida... Sólo que se ha convertido en todo lo que más odio. Que debo vivir con él nuevamente. Que los dramas nos persiguen y que ninguno de los dos ha logrado seguir adelante.

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)

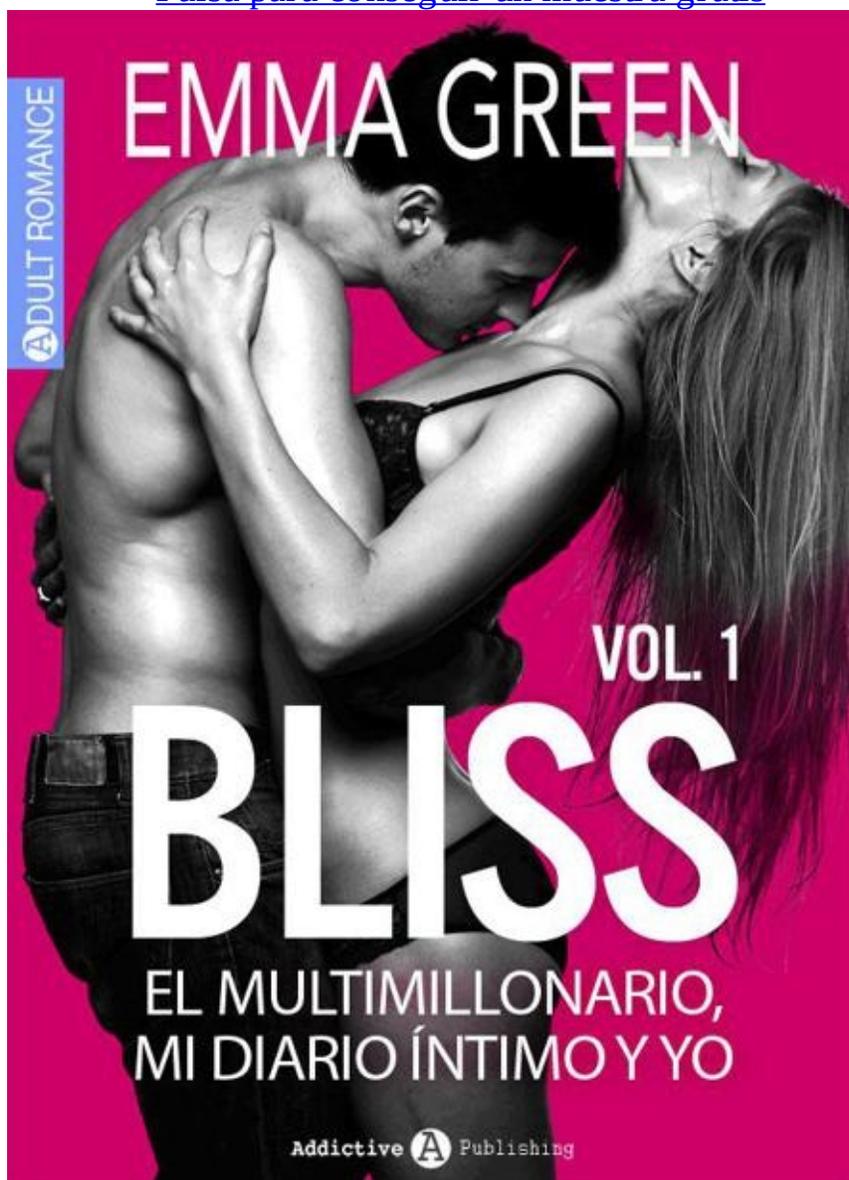


## En la biblioteca:

### Bliss - El multimillonario, mi diario íntimo y yo

Emma es una autora de éxito, ella crea, describe y le da vida a multimillonarios. Son bellos, jóvenes y encarnan todas las cualidades con las que una mujer puede soñar. Cuando un hermoso día se cruza con uno de verdad, debe enfrentar la realidad: ¡bello es condenarse pero con un ego sobredimensionado! Y arrogante con esto... Pero contrariamente a los príncipes azules de sus novelas, éste es muy real.

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)

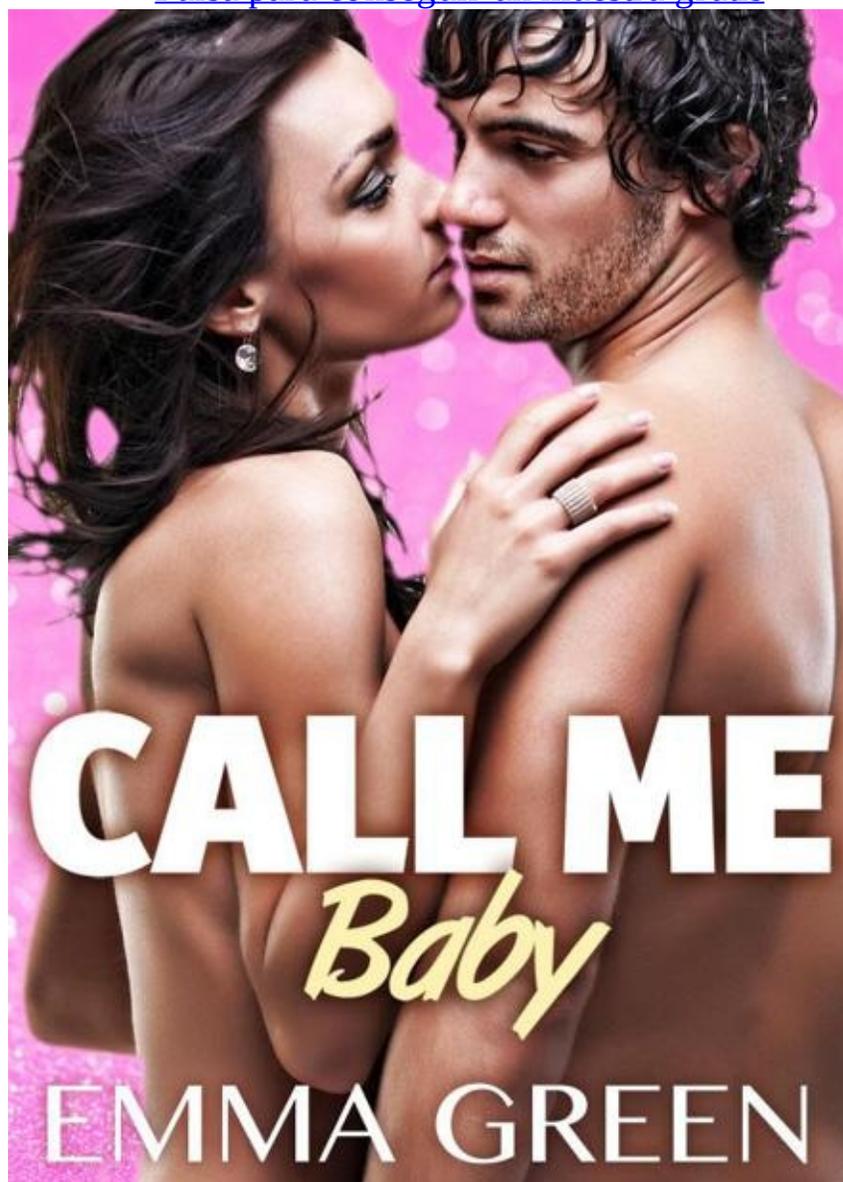


## En la biblioteca:

### Call me Baby - Volumen 1

¡Emma Green golpea de nuevo! \*\*\*"Multimillonario busca niñera."\*\*\* Al llegar a Londres con su hermana gemela, Sidonie esperaba cualquier cosa menos convertirse en la niñera de Birdie, la pequeña hija caprichosa del riquísimo Emmett Rochester. La joven francesa acaba de perder a su madre, su nuevo jefe llora a su mujer, desaparecida dos años antes en un violento incendio. Maltrechos por la vida, estos dos corazones marchitos se han endurecido. Su credo: para ya no sufrir más, es suficiente con no sentir nada. Pero entre ellos la atracción es fatal y la cohabitación se anuncia... explosiva. Objetivo número uno: no ser el primero en ceder. Objetivo número dos: no enamorarse. ¿Cuál de los dos flaqueará primero?

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



## En la biblioteca:

### Pretty Escort - Volumen 1

172 000 dólares. Es el precio de mi futuro. También el de mi libertad.

Intenté con los bancos, los trabajos ocasionales en los que las frituras te acompañan hasta la cama... Pero fue imposible reunir esa cantidad de dinero y tener tiempo de estudiar. Estaba al borde del abismo cuando Sonia me ofreció esa misteriosa tarjeta, con un rombo púrpura y un número de teléfono con letras doradas. Ella me dijo: « Conoce a Madame, le vas a caer bien, ella te ayudará... Y tu préstamo estudiantil, al igual que tu diminuto apartamento no serán más que un mal recuerdo. »

Sonia tenía razón, me sucedió lo mejor, pero también lo peor...

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



## En la biblioteca:

### El bebé, mi multimillonario y yo - Volumen 1

El día en el que se dirige a la entrevista de trabajo que podría cambiar su vida, Kate Marlowe está a punto de que el desconocido más irresistible robe su taxi. Con el bebé de su difunta hermana a cargo, sus deudas acumuladas y los retrasos en el pago de la renta, no puede permitir que le quiten este auto. ¡Ese trabajo es la oportunidad de su vida! Sin pensarlo, decide tomar como rehén al guapo extraño... aunque haya cierta química entre ellos.

Entre ellos, la atracción es inmediata, ardiente.

Aunque todavía no sepan que este encuentro cambiará sus vidas. Para siempre.

Todo es un contraste para la joven principiante, impulsiva y espontánea, frente al enigmático y tenebroso millonario dirigente de la agencia.

Todo... o casi todo. Pues Kate y Will están unidos por un secreto que pronto descubrirán... aunque no quieran.

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)

ROSE M. BECKER

# EL BEBÉ, MI MULTIMILLONARIO Y YO



Addictive  Publishing

# 1. Prisioneras

## Valentine

*Madagascar, costa noreste, región de Analanjirofo*

Según aprendí en mis cursos de biología, el cuerpo humano está compuesto en un 60 % de agua. Sin embargo, en este preciso instante, en esta cabaña de lámina con ese loco furioso agitando su machete frente a mí, me siento a punto de desafiar todas las leyes de la naturaleza y transformarme en un charco de agua a sus pies. Al diablo mi otro 40 % de materia sólida; tengo un miedo tan grande que siento como si me derritiera. De cuclillas sobre el suelo de arcilla, grito:

– ¡Aïna! ¡Mierda! ¡Dale lo que está pidiendo!

– ¡Pe-pe-pero ya me quitaron todo! - responde castañeando los dientes mi mejor amiga mientras lucha contra un malgache que la sacude como si fuera una coctelera. - ¿O qué es lo que crees? ¿Que tengo un video escondido en la tanga?

– ¡Haz lo que quieras con tu lencería pero tienes que hacer lo necesario para convencer a estos locos!

– ¡Ya no tenemos nada! - les grita Aïna en malgache por enésima vez desde ayer. ¡Todo está en la tarjeta SD y en la memoria USB! ¡Ustedes tienen todo! ¡Todo! ¡No escondimos nada en otra parte! ¡Lo juro! ¡Las fotos, los videos! ¡Ya no tengo más pruebas en su contra!

El tipo con el machete me grita gesticulando hacia ella, su arma danza frente a mis ojos aterrorizados al ritmo sincopado de sus injurias. Habla un dialecto del sur, del cual no comprendo nada, pero no necesito un diccionario para adivinar que no nos cree y que no está contento. Pero absolutamente nada contento.

– ¡Sé más convincente! - grito pateando frenéticamente en la tierra para alejarme del filo del machete que acaba de pasar a algunos centímetros de mi garganta.

– ¡Quisiera verte en esta situación! - responde ella peleando contra el joven malgache que la registra brutalmente. - ¡Y tú, quítame tus sucias manos de encima! - se enfada cuando él desliza una mano en su short.

Me resigno a morir sufriendo atrocemente cuando este insiste y ella le da una bofetada que le hace girar la cabeza. Pero contra toda expectativa, la situación parece divertir a su cómplice, quien se olvida de gritarme y amenazarme, para no perderse ni un segundo del espectáculo. Pero el joven no se da por vencido tan fácilmente, y por más que Aïna se defiende arañando como un gato salvaje, él no deja ni un centímetro de su cuerpo sin inspeccionar. Me muerdo los labios hasta sangrar por la preocupación: aun cuando el muchacho no parece tener otra intención más que asegurarse de que ella no esconde nada, cualquier movimiento en falso puede hacer que la situación se salga de control y hundirnos en el horror. Aïna es bonita, bastante atractiva según mi humilde opinión, y ningún hombre en sus cinco sentidos podría tocarla así sin que le vengan a la mente ideas moralmente condenables. Contengo el aliento rezándole a todos los dioses pasados y presentes, desde Zeus hasta Buda, para que nos saquen de aquí *lo más pronto posible*. De preferencia indemnes.

Cuando la inspección termina, Aïna se encuentra en un estado de furor tal, que se ha olvidado por un momento de su miedo; y el tipo está tan arañado por todas partes que parece salido de un arbusto

lleno de espinas. Sin embargo, se ve satisfecho de su trabajo, y a pesar del evidente placer que esta revisión exhaustiva le provocó, no va más lejos. El chico del machete le pone fin a nuestro interrogatorio, no sin antes ordenarme secamente que le muestre el interior de mis bolsillos. Lo obedezco sin pensarlo, con las manos y las piernas temblando, y los dos terribles hombres se van por fin, cerrando detrás de sí la puerta inestable.

– ¡Uff! - suspiro recostándome débilmente en un rincón de la cabaña, como si todos mis huesos se hubieran derretido. - En verdad creí que me había llegado la hora.

– No hay demasiado riesgo por ahora, - responde Aïna en inglés, para que nuestros carceleros no comprendan; ya que, como la mayoría de los malgaches, entienden perfectamente el francés, pero no mucho el inglés.

Ella se derrumba a mi lado, sin más valor ni energía ahora que ya no está bajo el efecto de la adrenalina. Esos tipos no son más que unos subalternos, pescadores o campesinos contratados para el trabajo sucio; no tienen ningún poder de decisión y no pueden permitirse matar a una *vazaha*, como ellos llaman a los foráneos blancos, sin haber recibido la orden de los cabecillas, los jefes de los traficantes. Asesinar a extranjeros crea demasiados problemas con las embajadas y es malo para las relaciones diplomáticas.

Seguro que con mi piel clara y mi acento tan marcado, nadie creería que soy una autóctona. Ni teniendo tatuado en la frente « producto de importación 100 % vazaha » sería más evidente. Pero, si a mí mi nacionalidad extranjera me asegura cierta inmunidad, ¿qué sucederá con Aïna, cuya bella piel color caramelo y ojos color almendra son típicamente malgaches?

– ¿Y tú? - pregunto preocupada.

– Yo nací con buena estrella, - responde intentando sonreír. - Eso tendrá que bastar.

– En serio, - digo, evidentemente nada tranquila. - ¿Qué harán con nosotras?

– Será mejor que ya no estemos aquí cuando los cabecillas lleguen, confiesa después de un silencio. - Ni tú, ni yo. El tráfico de palo de rosa es muy lucrativo; no dudarán en cortarnos en pedazos e incinerar nuestros restos en la playa si sospechan que tenemos la menor prueba de su comercio ilegal.

– ¡¿Estás bromeando?! - me ahogo, presa del pánico.

– ¿Te parece que bromeo? - pregunta, mortalmente seria.

– ¡Pero nadie mata a las personas sólo por madera!

– Es una especie rara y preciosa...

– ¡Aun así!

– ... cuyo contrabando es un negocio de millones de dólares. Muchos asesinarían por menos de eso. Mira a esa mujer a la que apuñalaron en Brooklyn hace un mes. Salió en los periódicos. El chico que la atacó se llevó su alianza y su cartera con solamente 30 dólares. Mientras que el palo de rosa es una garantía de *High profit, low risk*, grandes ganancias con pocos riesgos, como dicen en el ambiente del crimen ecológico. Es una forma de criminalidad igual de rentable pero menos peligrosa que el tráfico de armas o de drogas, y va con el viento en popa. Esos cabecillas no dejarán que dos chicas destruyan su imperio con tres videos y algunas fotografías.

– ¡Pero les entregaste todo! ¡No necesitan hacernos pedazos!

– Conocemos los rostros de sus hombres, la ubicación de sus campos, de sus lugares de tala y el circuito de los troncos. Además, nada les garantiza que una vez que estemos seguras en nuestro país, no atestigüemos en su contra, aun cuando se los juremos por lo más sagrado.

– No tenemos nada sagrado - murmuro, preocupada pero no inmune al humor desesperado de mi amiga.

– Una razón más para no creernos - concluye.

Cada una se pierde en sus pensamientos por su parte y el silencio pesa en la cabaña. No hay ninguna ventana en nuestra prisión improvisada; el aire es asfixiante y la semi oscuridad permanente me deprime. Pienso en mis padres, que se quedaron en casa, en California, en nuestra inmensa mansión segura y confortable, con vista hacia la bahía de Santa Monica. Seguro creen que ahora me encuentro fotografiando lémures y comiendo cebú con leche de coco... Tengo una furiosa necesidad de llorar. Con la punta de los dedos, trazo figuras sobre la tierra del suelo; algunos rayos de luz penetran a través de las láminas separadas e iluminan mis trazos. Aïna toma mi mano y se acerca hasta acurrucarse contra mí. Ella tiembla violentamente. El contragolpe de la conmoción le llega de repente. Paso mi brazo alrededor de sus hombros e intentamos reconfortarnos la una a la otra, tan cercanas y unidas como hermanas.

– Nunca me perdonaré el haberte involucrado en este infierno... Nunca. Nunca...

– Shh... Cálmate.

–Te juro que ni siquiera estaba premeditado. Solamente quería filmar lémures. Es solo que no quería desviar la mirada como si no pasara nada mientras que esos bastardos, ya sabes, saqueaban mi isla...

– Lo sé. No te preocupes. Todo saldrá bien.

– No veo cómo - solloza. ¡Oh, perdóname, Valentine, nos metí en un problema gigante! ¡Hubiera sido mejor que me atuviera a las fotografías de lémures rojos y de sifacas! ¡Todo por unos cuántos pedazos de madera!

– ¡No, todo para denunciar la corrupción y el tráfico que están acabando con tu tierra natal! Estoy orgullosa de ti, y orgullosa de participar en la resistencia que comienza a organizarse, aun cuando eso me dé un miedo mortal. Es importante para las personas de aquí que no dejen que los traficantes arrasen con las riquezas naturales de su país.

– Pero mira a dónde nos llevó...

– He estado en hoteles más cómodos y con mejor *room service*, claro. Pero si esos magnates aman tanto el dinero, tal vez pueda negociar con ellos. Estoy convencida de que les parecerá más interesante obtener una recompensa de mi padre que convertirnos en una barbacoa gigante.

– Primero tienes que lograr que te escuchen antes de ordenar nuestra ejecución...

Intento contener los escalofríos que me asaltan ante esta idea y aprieto con más fuerza la mano de Aïna. A lo lejos, escucho la agitación del campo, el rugido de las sierras eléctricas, los gritos de los hombres que se interpelan, el choque de los troncos cuando los cargan en los contenedores, el zumbido de los camiones que los llevarán a los puertos para embarcarlos...

La oscuridad invade la cabaña, la noche cae rápidamente. Me rasco las piernas desnudas y sucias, llenas de piquetes. Eso es lo que sucede cuando una se pasea con un short demasiado corto en el paraíso de los mosquitos. Intento comprender cómo nuestras vacaciones de amigas pudieron acabar en esto. Aïna es mi mejor amiga desde la infancia; una ecologista apasionada, fanática del actor Tom Hardy y una chica genial. Crecimos juntas, en Francia, desde que su familia se mudó al apartamento vecino al nuestro, antes de que yo me instalara en California para retomar el imperio industrial de mi padre. Todos los veranos, desde los 18 años, siguiendo un ritual estricto, dejamos todo atrás para partir algunas semanas a algún rincón del planeta. Cada año un destino diferente. Esta vez, Aïna, llena de nostalgia por su país natal, propuso Madagascar. ¿Y por qué no? Es una isla magnífica, soleada, habitada por gente adorable. Excepto si uno se encuentra de frente con traficantes y decide filmarlos y fotografiarlos para denunciar sus actividades criminales. La idea de perder millones de dólares y diez años de su vida en prisión no les parece muy atractiva, como hemos podido constatarlo ahora.

Extiendo mis piernas entumecidas y pienso con nostalgia en mi sala de baño de mármol en la mansión de mi padre, en mi habitación con vista a la playa, mi cama blanda con sábanas de seda, el canto de las olas al despertar por la mañana, los atardeceres sobre el mar... Suspiro:

– Pensar que en estos momentos, podría estar en las Seychelles, sin tener que enfrentarme a nada más desagradable que un coctel tibio o una conexión demasiado lenta para leer mis mensajes en Facebook mientras que Milo, con una rosa entre los dientes me masajea los pies a orillas de una laguna paradisiaca...

– Odias Facebook - me recuerda Aïna bostezando.

– En estos momentos, estoy segura de que podría amarlo con todo mi corazón...

– De hecho, eso es cierto: ¿por qué no saltaste frente a la propuesta de Milo? Uno no rechaza tan fácil quince días a solas con un playboy millonario. Siempre me has dicho que es el chico ideal.

– El crucero de lujo, el hotel cinco estrellas, el romance bajo las palmeras... no me parecía tan excitante. ¡Si supieras cómo me arrepiento!

– Vendería mi alma por un jugo de naranja con hielos, una ducha fresca y un baño equipado con un desodorante de lavanda - suspira por su parte frunciendo la nariz mientras observa el balde de plástico que nos ha servido como retrete durante estos días de cautiverio.

– Y yo por un spray contra los mosquitos - refunfuño rascándome enérgicamente las piernas. La noche va a ser interminable...

Seguimos conversando por un momento, antes de hundirnos en un sueño agitado, acurrucadas la una contra la otra. El menor ruido me asusta y mis sobresaltos despiertan a Aïna. Nuestros estómagos vacíos gruñen y bebemos mucha agua para acallar el hambre. Muero de ansias por que al fin amanezca y las sombras desaparezcan.

De repente, algunos gritos y un estruendo ensordecedor nos sacan del sueño y nos hacen gritar de terror. Instintivamente, nos refugiamos en un rincón de la cabaña, abrazándonos con fuerza. Es de día, la luz nos deslumbra cuando la puerta se abre bruscamente con un chirrido infernal. Ésta rebota y azota contra la pared de lámina. En el umbral, reconozco a nuestro guardia, el del machete, más aterrador que nunca. Ni siquiera nos lanza una mirada pero le grita órdenes a los hombres agrupados detrás de él. Tengo suficiente tiempo para pensar que los cabecillas finalmente han llegado y ordenaron nuestra ejecución, sin siquiera vernos ni hablarnos. Aïna se aferra a mí con tanta fuerza que temo que me arranque un brazo, pero no me atrevo a protestar. Me conformo con abrazarla también y cerrar los ojos; un método bastante común pero particularmente ineficaz para vencer el peligro.

*¿Pero qué diablos estoy haciendo aquí? Milo, Milo, Milo, ¿por qué no me obligaste a ir a las Seychelles? Por favor, Dios mío, dame una segunda oportunidad, olvidemos estos últimos días y volvamos a comenzar desde cero, ¿sí? Te prometo que ya no haré enfadar a mi padre, ya no jugaré al póker en línea, no comeré más de dos botes de Häagen-Dazs seguidos, pero por favor, por favor, ¡permíteme regresar una semana en el tiempo!*

*¡Te lo ruego!*

*¿Entonces?*

*¿Trato?*

Abro un ojo haciendo una mueca cuando Aïna lanza un grito agudo a tres centímetros de mi oído. Nada ha cambiado durante mi oración, no se cumplió mi petición. Sin embargo, podría ser que la hora de morir no haya llegado todavía. Efectivamente, nuestros carceleros no se interesan en lo absoluto por nosotras, hasta me pregunto si no nos habrán olvidado, puesto que están muy ocupados empujando dentro de nuestra cabaña a un tipo alto como una montaña que los envía muy lejos cada

vez que se sacude. Hay cuatro o cinco malgaches reprimiéndolo con ardor, a patadas, a golpes, o con la parte plana de sus machetes, hasta hacerlo avanzar lo suficiente para cerrar bajo llave la puerta detrás de él. Y encerrarlo con nosotras, en nuestro asfixiante capullo sumergido en la semi-obscuridad.

Plantado en medio de la habitación, con las manos atadas en la espalda, él mantiene la cabeza baja, como aturdido; su cabello rubio cuelga como una espesa cortina frente a su rostro, ocultando sus rasgos. Es tan imponente que parece ocupar todo el espacio. Su camisa beige está sucia, llena de sangre seca a la altura de su costado izquierdo. Debe haber estado en una pelea muy intensa... Finalmente, sin siquiera mirarnos, va a derrumbarse a un rincón.

Luego el silencio inunda nuestra cabaña, solamente perturbado por su respiración rápida y fuerte. Parece estar en malas condiciones. Todo se paraliza. Aïna se endereza y me aferro a ella.

- Hey - dice suavemente inclinándose hacia él. - ¿Todo bien?

Como no reacciona, ella se acerca e insiste gentilmente, alzando la voz. Sin ningún resultado. Tal vez está demasiado aturdido como para moverse o hablar. A un lado de su cabeza, su cabello está pegajoso por la sangre. Aïna repite su pregunta, en francés, en inglés, en malgache, en español, en vano.

- Deben haberlo golpeado con demasiado entusiasmo - digo. - Creo que podrías comunicarte mejor con un apio.

- Lástima. Se ve que tiene la fuerza suficiente para demoler esta choza y vencer a nuestros guardias, si lo incentivamos lo suficiente.

- Genial. ¿Y si después de eso nos ataca a nosotras? No conocemos al tipo. Podría ser un traficante rival, o un asesino, un violador... En fin, ten cuidado, no lo subestimes.

Aïna alza los hombros:

- O simplemente puede ser un fotógrafo desafortunado como nosotras.

- Sí, y yo soy Cenicienta - gruño. - Simplemente estoy esperando a que sea medianoche para saltar a mi carroza y salir de aquí.

Aïna tiene la delicadeza de sonreír, luego toma nuestro balde de agua y, a pesar de mis protestas, se acerca a él.

- Hey - le dice de nuevo. - Aquí hay agua limpia. Por si tienes sed.

Esta vez, él reacciona. Se endereza, recargando todo su peso contra la lámina, que rechina a sus espaldas. Estira sus largas piernas, gira la cabeza y los hombros en una dirección, luego en la otra y luego dirige hacia nosotras su rostro bañado por la sombra. Espero a cruzarme con la mirada vacía de un hombre embrutecido por el dolor, pero tiene los ojos vivos y atentos, de un gris sorprendente, adornados por unas pestañas que parecen cubiertas de escarcha.

- *Takk. ¿Har du ingen roligere rom ?* - pregunta con una voz increíblemente grave.

- ¿Perdón? - respondemos al unísono.

- *¿Er frokosten inkludert ?*

- ¿Qué está diciendo? - me pregunta Aïna.

- No te muevas - consultaré el Google Translate y en seguida te digo, gruño.

- Parece ser un idioma nórdico - continúa Aïna, ignorando mi sarcasmo. - De Escandinavia, Suecia, o uno de esos países llenos de nieve con renos y duendes en cada esquina.

- En cualquier caso, sé que lo que yo te diría, si estuviera en su lugar...

- ¿Ah sí?

- Perfectamente. Te diría: « ¿Y cómo quieres que beba, querida, si tengo las manos atadas en la espalda? ¿A lengüetazos? ¿Me ves cara de gato? »

## 2. Frente a frente

### Valentine

Algunas horas más tarde, el calor dentro de la cabaña se vuelve insoportable. El sol todavía no está en su cénit, pero ya siento como si me estuviera cociendo a fuego lento, estoy empapada y mi cerebro no puede alinear dos ideas coherentes. Contrariamente a lo habitual en la costa este, esta mañana no ha llovido. Nada ha venido a refrescar ni a humedecer nuestro rincón infernal de láminas onduladas. Y por si eso fuera poco, nuestros estómagos vacíos rugen sin cesar, ya no tenemos agua y una insoportable necesidad de hacer pipí me cizalla el vientre bajo. Pero ni pensar en bajarme las bragas frente al musculoso desconocido, con el cual Aïna ya renunció a darse a entender y que permanece en silencio entre las sombras de su rincón.

Desde su llegada, hay dos guardias más vigilándonos, los cuales abren compulsivamente la puerta cada diez minutos, con ansiedad, como si el chico fuera de pronto a romper sus pantalones, volverse todo verde y pulverizar la cabaña lanzando un rugido como Hulk. Algo me dice que provocó varios daños entre los maleantes durante su enfrentamiento; debe haber aplastado a tres o cuatro de los otros antes de que lograran atarlo, y los que lograron escapar no tienen ninguna intención de terminar como filetes tártaros también. Los comprendo. A mí también me da miedo.

De hecho hacen bien en mantenerse alerta puesto que a pesar de su vigilancia extrema, él ha logrado deshacerse de sus ataduras. En vista de su actitud poco simpática, esto no me tranquiliza. Una vez que se ha liberado, se levanta para estirarse y relajar los músculos de sus hombros, esos hombros grandes y poderosos que su cabello rubio roza con cada movimiento. Dos finas trenzas adornan sus sienes y se juntan detrás de su cabeza, otras dos enmarcan su rostro anguloso, como si fuera un guerrero celta o germánico de la Antigüedad. Un peinado de otra época, que endurece sus rasgos en vez de suavizarlos.

Él ha tomado el balde de agua que Aïna dejó a su disposición pero no ha bebido nada. Se conformó con limpiarse la herida del cuero cabelludo, con los gestos tranquilos y seguros de un hombre a quien nada perturba. Luego regresó a su rincón en la cabaña para recostarse cómodamente, con la cabeza recargada sobre su brazo doblado. Dos minutos más tarde, su respiración lenta y profunda no deja lugar a dudas: está dormido.

– Por lo menos alguien no está en riesgo de padecer una úlcera - dice Aïna incrédula. ¡Jamás había visto a alguien tan zen!

– Sigo creyendo que lo golpearon demasiado fuerte y que está completamente desconectado. En cualquier caso, como verás, no necesita nuestra ayuda - digo señalando sus manos libres, unas manos grandes, sólidas y cuadradas con las articulaciones lastimadas, seguramente más hábiles dando puñetazos que disparando un flash o arreglando un zoom. - Si este chico es fotógrafo, yo soy Rapunzel...

– OK, se parece más a un vikingo que a Yann Arthus-Bertrand pero no era muy caritativo dejarlo lidiando solo con sus cuerdas.

– Seguro. « Lidió » con ellas por tres minutos máximo. Por el contrario, me preocupa la reacción de los guardias cuando se den cuenta de que ya no está atado.

– No creo que corran el riesgo de regresar a atarulo. Estamos en el bosque, a veinte kilómetros de la autopista más cercana, y a ciento cincuenta de la primera avenida pavimentada. El campo cuenta con unos quince hombres alerta, que conocen el lugar como la palma de su mano. Aun si se escapara, no llegaría lejos antes de que lo atraparan. Además, está herido.

Aïna tenía razón: cuando volvieron a abrir la puerta, los guardias se quedaron inmóviles por un instante frente al pedazo de cuerda debidamente enrollado cerca del hombre dormido, pero finalmente decidieron, después de intercambiar algunas palabras, no aventurarse dentro de la cabaña. En cuanto a nosotras, aprovechamos su sueño para vaciar nuestras vejigas al abrigo de las miradas, en nuestro pequeño balde lleno de aserrín.

Ahora mismo, la temperatura en la cabaña es insoportable. Normalmente, agosto no es el mes más caliente en Madagascar, pero desafortunadamente experimentamos condiciones climáticas excepcionales para la época. No tenemos nada de suerte. Sobre todo porque nuestra prisión, a pleno sol, toda de lámina y sin ninguna ventilación, es un olla a presión. Si antes creía tener calor, me equivocaba. Ahora sí que tengo calor. Mucho calor. Ya me cocí todo lo posible, estoy justo a buen término. Con una buena salsa agrídulce, sería perfectamente comestible.

– Si salimos de esta, llenaré mi jacuzzi con hielos y pasaré una semana entera sin salir de él - digo secándome el rostro con la parte baja de mi blusa. Voy a beber, comer, dormir, hacer el amor en el jacuzzi. Con burbujas.

– A tu padre le daría un infarto si te escuchara - responde Aïna.

– No me importa mi progenitor - replico con una extraña sensación de embriaguez.

– Y tienes razón en ello - aprueba Aïna.

– Tú sí que eres una verdadera amiga, Nana. Haré que te construyan un jacuzzi al lado del mío.

– Qué amable.

– ¿Verdad que sí?

– ¿Valentine?

– ¿Hmmm?

– Siento como si estuviera borracha...

– Yo también. Es el calor y la deshidratación. Nuestros cerebros se están friendo.

– OK.

– Pronto empezaremos a alucinar, como las personas que se pierden en el desierto. Primero, hablaremos con niños obstinados que quieran que les dibujemos una oveja.

– No sé dibujar.

– Después, veremos oasis paradisiacos, con piscinas de sangría, pollos rostizados brincando en el césped y apuestos hombres desnudos a nuestro servicio.

– Genial.

Dicho esto, sin pensarlo más, me levanto y llego a tocar la puerta, que se abre frente a tres guardias amenazantes, empuñando un machete. Al constatar, aliviados, que sólo soy yo y no nuestro impresionante coinquilino, estos bajan las armas mientras me empujan despectivamente con la palma de la mano. Vacilo un poco pero no retrocedo. Muerta de miedo, pero decidida, reclamo a gritos algo de beber, de comer, hablar con su jefe. Frente a sus ojos impactados, farfullo, vocifero, ordeno, pataleo; no debo estar lejos de sufrir una crisis de histeria. Seguramente habría acabado por exigir una habitación con aire acondicionado y televisión por cable si Aïna no me hubiera sacado de allí, antes de que se cansaran y me enviaran a mi rincón a patadas.

Dudo que mi espectáculo les haya impresionado, pero seguramente se cansaron de mis gritos y golpes en la puerta. En todo caso, terminaron por traernos baldes de agua fresca. Una delicia, un

verdadero golpe de energía, que bien valió que me quedara sin voz y terminara con los puños lastimados.

– Nunca dejarás de sorprenderme, dice Aïna rociándose agua sobre el rostro sucio con un placer muy evidente.

– Ya sé. No sé qué me pasó, me volví loca.

– Pudiste haber aprovechado para pedirles sushi y una ensalada. Tengo tanta hambre que podría comer un cebú con todo y cuernos...

Diez minutos más tarde, su deseo es concedido. O casi. Nuestros guardias nos lanzan un enorme recipiente con arroz pegajoso que bastaría para alimentar a un regimiento de paracaidistas o a reparar una fisura en un bloque de concreto por lo compacto que es. Pero no importa, nos lanzamos sobre él, hambrientas. Aïna nos sirve una porción en la tapa para que compartamos, y empujo con la punta del pie el resto hacia el rubio alto. Siento como si estuviera alimentando a una fiera. Este toma el recipiente con una semi sonrisa irónica, como si me hubiera leído la mente y estuviera a punto de preguntarme dónde escondo mi látigo y mi aro de fuego. Comemos en silencio.

– Nos dieron agua y arroz para dos días - dice Aïna terminando su parte. - No sé si alegrarme o preocuparme.

– ¿Dos días? ¿Estás bromeando? Nuestro compañero ya se terminó casi todo...

– ¡Vaya...! - exclama sorprendida. - ¡A ese hombre es mejor tenerlo en foto y no sentado a la mesa! Recuérdame no invitarlo a cenar nunca.

– Cuenta conmigo - respondo.

– En todo caso, aun cuando coma por cuatro y hable venusino, al menos no es molesto. Y además, es agradable a la vista, nos mantiene ocupadas.

– Bah - digo con un poco de mala fe...

– ¿Cómo que bah? ¿Estás bromeando? ¡Es el hombre más apuesto que haya visto desde Michaël Cassavet en primaria! Y Michaël se convirtió en modelo para los perfumes de Jean Paul Gaultier...

– Bah porque no me gustan los rubios, ni las bestias, ni los de cabello largo.

– Semi largo - corrige. - Sólo lo suficiente para que te den ganas de pasarle la mano por encima. A mí me gusta, y ese peinado extraño le queda bien, con las trenzas. Se ve viril y a la vez como un hombre que cuida su imagen.

– Más bien se ve como un bárbaro...

– Si eso dices, pero tiene una hermosa cara de ángel caído, continúa ella observándolo sin vergüenza. Con ojos grises que emanan sex-appeal.

– Prefiero a los castaños con ojos verdes - murmuro, un poco incómoda por hablar de él mientras nos mira, aun cuando no entienda nada de nuestra conversación.

– ¿Como Milo?

– No. Sí. Bueno... Pasemos a otra cosa, ¿OK?

– ¡Justo cuando empezaba a ponerse interesante! No eres divertida. Yo siempre te cuento todo, con detalles, ¿por qué tú nunca quieres hablarme de tus hombres?

– Porque no hay nada apasionante que decir al respecto.

– ¡Estoy segura de lo contrario! ¡Anda, cuéntame! Ya estoy harta de estar encerrada aquí, esperando a esos malditos cabecillas sin siquiera saber si querrán negociar contigo o tu padre. Necesito cambiar de ideas con historias sucias. Tienes a todos los hombres de California a tus pies, seguramente tienes historias emocionantes.

– Corrección - le digo: la hija de Darren Cox, única heredera de un imperio de varios millones de dólares tiene a todos los hombres de California a sus pies. Podría tener bigote, verrugas en la nariz y

un IQ de ostra marina y aun así me cortejarían. No es porque quieran acostarse conmigo, es porque quieren la fortuna de mi padre.

– Eres muy dura, e injusta. Conozco a varios que te quieren y no necesitan tu dinero. Milo De Clare está enamorado de ti desde que se conocieron, y justamente es uno de los diez solteros más codiciados de la costa Este. Sin hablar del millonario arquitecto de Manhattan, apuesto como dios griego que estaría dispuesto a morir por una sola cita contigo. O ese actor con abdomen de acero que hace babear a todo Hollywood y que te envió flores durante semanas.

– Es malo en la cama.

– ¿Quién? ¿Milo?

– No, Casey.

– ¡Valentine Laine! ¿Te acostaste con Casey Dawson? ¿EL Casey Dawson con el que todos los productores quieren trabajar? ¿El actor que sale en todas las portadas de revistas desde hace diez años? ¿La fantasía número uno de todas las chicas de los Estados Unidos? ¡¿Tuviste sexo con él?!

– Un poco.

– ¿Cómo que un poco?

– Sucedió una sola vez, y no se repetirá. ¡No me provocó nada, y fue largo, demasiado largo! ¡Interminable! Ese chico tiene una resistencia increíble. Un verdadero maratonista de sexo. Pero mortalmente aburrido, sin ninguna fantasía ni sensualidad, sólo una máquina bien aceiteada.

– Eres implacable - resopla Aïna.

– No, no, soy muy caritativa. Prueba de ello es que simulé un orgasmo grandioso, del cual estubo muy orgulloso. En verdad fue porque ya no podía más, tenía unas ganas insoportables de hacer pipí y sólo podía pensar en una cosa: que por fin se terminara, que pudiera saltar de la cama, encerrarme en el baño y no volver a salir hasta que lo escuchara roncar. Deberían darme un Oscar por mi actuación.

– Acabas de arruinar una de mis mejores fantasías - gime Aïna, falsamente indignada y con una sonrisa retorcida. - Por favor, si algún día te acuestas con Tom Hardy, no me cuentes nada. No quiero saber.

– Lo prometo - respondo solemnemente, como si me pasara el tiempo rechazando a los actores más apuestos de la galaxia.

El silencio vuelve a reinar, cada una está perdida en sus pensamientos. Extraño a mi madre. Debía llamarla ayer; seguro está muy preocupada por no tener noticias mías. No soy el tipo de chicas que se desaparecen por días. La imagino angustiada, sin nadie a quien acudir: sus pocos amigos se quedaron en Francia y mi padre está demasiado absorbido por su trabajo, dirigiendo su querido grupo, como para darse cuenta de que ella está sufriendo o que yo he desaparecido. Mi madre es frágil, y siempre me preocupo por ella. Es formidable pero no está hecha para vivir en este mundo tan feroz: Florence Laine-Cox es un elfo, un hada, un espíritu puro y dulce, cuyas únicas armas son la amabilidad y su empatía.

Me volteo hacia el fortachón, quien nos observa en silencio a través de sus párpados medio cerrados, tranquilo como siempre pero atento, como al acecho. A pesar de su camisa manchada de sangre, ya no me parece que se sienta tan mal. Parece estar esperando algo. ¿Pero qué? ¿Y qué está haciendo aquí? Sus ojos brumosos se aferran a los míos, justo cuando Aïna me pregunta sin preámbulos, pareciendo preocupada:

– ¿Te has acostado con Tom Hardy?

– ¡Acabas de hacerme jurar que no diría nada! - me ofusco bromeando.

– No, pero en serio - insiste ella. ¿Te has acostado con *mi* Tommy?

– Obviamente no. ¿Qué crees que soy? Jamás te haría eso. Pero estoy segura de que es bueno en la

cama y un chico genial.

Aïna me sonríe y seguimos conversando y delirando pacíficamente de todo y de nada, de cosas de chicas, algunas infantiles. Tenemos una regresión, pareciera como si tuviéramos 16 años. Esto nos hace mucho bien, pensamos en otra cosa que no sea nuestra situación cada vez más angustiante. Hablamos de depilaciones y de formas de conquistar a los chicos. Disertamos sobre sexo oral, técnicas y diversas desventuras; chicos que saben bien y otros que, bueno...  Hay que estar enamorada para tener sexo?  Hay que prohibir la venta de preservativos sabor vainilla sintética que dan la impresión de estar lamiendo un aromatizante para auto?  Hay que acostarse en la primera cita?  Y por qué no?  C mo responderle diplomáticamente a un chico que pregunta cómo estuvo (cuando una se divirtió tanto como una rata muerta viendo series de comedia de hace veinte años)? Depilación completa:  a favor o en contra? ( Ouch!)  Por qué la mayoría de los chicos son tan malos en el cunnilingus? ( No les enseñan nada en la escuela?) Peinados:  c mo evitar parecer una cabra drogada al despertarse?  En verdad todo est  permitido en el amor y en la guerra?  No es totalmente desleal ponerse bragas sensuales y un Wonderbra dos tallas más chico? En fin, temas de conversación que nos permiten relajarnos mientras apagamos nuestros cerebros...

De vez en cuando, le lanzo un vistazo a nuestro infortunado compañero, y debo admitir que Aïna no se equivoca del todo: hay que tenerle bastante mala fe para pretender que no es un bello espécimen.

Comer le hace bien; si bien finge estar medio muerto cuando nuestros guardias asoman la cabeza por la puerta entreabierta, el resto del tiempo parece estar en forma, regenerado. Presiento que en cualquier momento lo ver  levantarse, estirarse, caminar hacia la puerta y decir en su idioma extraño: «  Cuidado, que ahí voy! », antes de derribarla tranquilamente y dejar el lugar aplastando a todos los guardias. Lástima que no sea tan simple.

El día parece interminable, pero la temperatura por fin baja. Las sombras gigantes se acercan de nuevo a nuestra cabaña. Me adormezco, con la cabeza sobre el hombro de Aïna, que ronca suavemente. Los machetes ensangrentados y los ojos grises acechan mi sueño agitado, y unos monstruos rugen hasta hacer que todo explote. Estos gruñen, gritan y vociferan en mi oído, sus ruidos me llenan la cabeza.  Quiero salir de aquí!

Y de pronto, estoy despierta. Aïna me sacude gritando, es la mitad de la noche, un escándalo asombroso se eleva desde el campo, zumbidos de motores, alaridos de hombres. Golpes furiosos de cuerpos contra la lámina, como un ariete humano. Nuestra cabaña vibra. Nos aferramos la una a la otra,  no entiendo nada, no veo nada!

De repente, nuestra puerta est  abierta, casi la arrancaron de un golpe, y distingo en el marco la silueta particular de nuestro gran gigante, en medio de un violento cuerpo a cuerpo con nuestros guardias. Varias narices y dientes se rompen, los pómulos truenan y la sangre vuela. El ruido apagado de la carne siendo golpeada, lastimada, abierta, me da náuseas. Las linternas y los faros de los vehículos danzan en el bosque. Los hombres corren a todos lados, en medio de la confusión total. Nadie parece entender lo que est  pasando. Una pick-up llega y da media vuelta frente a nosotras rugiendo y tocando el claxon, atropellando a los malgaches que intentan detenerla. El *vazaha* al volante nos llama en nuestro idioma, nos hace señas para que corramos hacia él. Esto parece toda una huida profesional.

–  V monos! - me grita Aïna, jal ndome hacia afuera.

Pero estoy paralizada, presa del pánico, mis pies pesan una tonelada, mis piernas amenazan con flaquear. Imposible moverme. Y de pronto, unos ojos grises a dos centímetros de los míos, un puño aterrador que me atrapa y me lanza como si fuera un saco de patatas sobre su hombro duro como una

roca, y así me encuentro bamboleada contra mi voluntad en la espalda del Vikingo. Vuelvo a cobrar vida, golpeo su cadera con todas mis fuerzas, pateo furiosamente, pero no logro nada. Él me retiene sin esfuerzo, con una mano sobre mis muslos desnudos y la otra empujando todo lo que se encuentre en su camino. Tengo tiempo de pensar, muy fuera de lugar, que tiene la mano muy suave, muy cálida, y luego me lanza sin ningún miramiento dentro de la pick-up y aterrizo sobre las rodillas de Aïna. El chofer, un castaño apuesto con ojos grandes, se voltea hacia nosotras antes de chocar contra el coloso rubio que toma su lugar al volante. Después de esto, mi inconsciente decreta que ya he visto suficiente por hoy y decide cerrar el telón sin prevenir. Estoy *out*.

### 3. Road trip

#### Nils

Cuando llegar al final de mes no es tan fácil, hay trabajos tan bien pagados que uno no los puede rechazar, sin importar lo desagradables que sean. Por ejemplo, dejarse golpear voluntariamente para infiltrarse en una red de traficantes que ha capturado a una pequeña princesa, la cual uno juró regresar a casa con papá.

Cuando mi amigo Charlie, embajador, de familia real y oveja negra de la aristocracia francesa, me presentó al millonario Darren Cox, un tipo frío y rígido como un cono de helado (quitándole lo dulce), comprendí que nuestro trabajo juntos no sería un paseo por el campo. Pero el hombre tenía varios argumentos:

– Mi hija, Valentine, ha sido retenida como prisionera en Madagascar por unos traficantes - dijo ofreciéndome una carpeta con una linda morena en la portada. - ¿Cuánto por traérmela viva?

– Trescientos mil - respondí después de haber hojeado el archivo, que me prometía algunos momentos épicos y peligrosos al máximo ante cualquier paso en falso. - Más gastos.

La mandíbula de mi hermano Samuel, que me acompañaba, estuvo a punto de salirse de su lugar. Casi podía escucharse el ruido de caja registradora en su mente y ver los dólares bailar en sus pupilas. Se quedó plantado como un idiota observando a Cox, quien aceptó:

– Cuatrocientos mil si la tengo frente a mí antes del viernes 14 de agosto al mediodía, y si operas con discreción. Nada debe filtrarse a la prensa, mi empresa no necesita ese tipo de publicidad.

– Trato hecho.

Sam emitió una extraña risa ahogada, como si acabara de tragarse la lengua.

– Mi abogado preparará dos transferencias: cien mil el día de hoy y el resto después de la entrega - dijo Cox como si estuviéramos hablando de un coche o de una aspiradora. - Charles será tu aval. Parece ser que eres el mejor, así que tráemela. Y pronto.

Luego se fue, sin un apretón de manos, sin una palabra, con los ojos secos todavía. Todo un imbécil. Pero un imbécil millonario, dispuesto a soltar sumas inmensas. Y por más insensible que parezca, Charlie me dijo que había movido cielo, mar y tierra para encontrar a alguien de confianza que pudiera regresarle a su hija. Así que debe quererla aunque sea un poco.

Sacudí a Samuel, quien seguía impresionado por la astronómica suma prometida, y seguí al abogado a una oficina contigua al salón donde nos había recibido Cox, con un suelo de mármol inmaculado, lámparas de cristal, cornisas azules y paredes con revestimiento veneciano de un blanco resplandeciente vetado de un azul pálido. Una hora más tarde, dejamos la mansión, idealmente situada frente a la playa de Santa Monica, y mi hermano tenía una cuenta en un país muy respetuoso de los secretos bancarios (los ricos pueden hacer milagros en tiempo récord) con un saldo de cien mil dólares.

– Eso corresponde a lo que me habrías tomado o pedido tarde o temprano - respondí cuando Samuel me preguntó el porqué de tanta generosidad. - Prefiero tomar la delantera y pretender que controlo la situación.

– Por esa cantidad, hasta te acompaño a Madagascar - dice jovialmente. - Necesitarás a un chofer

competente, sin miedo y sin reproches, y afortunadamente para ti, tu Sam favorito está aquí.

No dije nada acerca de lo que me inspiraba el hecho de tener a « Sam » y « sin reproches » en la misma oración y, a falta de argumentos válidos para rechazar su propuesta, lo llevé conmigo. Como siempre. Samuel puede ser inmensamente difícil y una fuente inagotable de estupideces, pero es mi hermano menor y no tengo otro.

Es así como nos encontramos en una bella noche de agosto con una tropa de malgaches furiosos persiguiéndonos. Con el pie en el acelerador, mantengo la pick-up a la máxima velocidad que me permite el camino lleno de baches para poner la mayor cantidad posible de kilómetros entre nuestros perseguidores y nosotros. Samuel, armado con su más bella sonrisa, intenta tranquilizar a las dos chicas acurrucadas en el asiento trasero, pero una de ellas sigue en las nubes, y la otra no deja de insultarlo. Lo que nos espera se ve prometedor.

– ¿Tenías que llegar como todo un *Mad Max* al campo? - le pregunto a Sam.

– Debes admitir que la situación era ideal - bromea.

– La idea era sacarnos de esto sin demasiados daños, no alborotar a todo el país con maniobras que impresionen a todas las chicas.

– De nada por haberte salvado, no te preocupes - responde con su buen humor habitual.

– No salvaste nada en absoluto, te conformaste con seguir mi plan.

– Si seguí el plan, no veo por qué me estás reprochando - replica con una lógica irrefutable.

– Siempre tienes una respuesta a todo - digo mientras lidio con la caja de velocidades recalcitrante que rechina atrocemente. - Debiste haber sido abogado en vez de estafador.

– ¿Hay alguna diferencia?

– Si hubieras estudiado derecho, no tendría que ir a sacarte de problemas cada vez que estafas a alguien más astuto que tú. Ustedes arreglarían eso en algún tribunal en vez de hacerlo a golpes...

– No es mi culpa que siempre estoy en desacuerdo con idiotas musculosos y fuertes que se niegan a negociar con palabras.

– Cuando tienes la fuerza de una ostra anémica, no es muy sabio provocar a tipos duros como piedras.

Un violento traqueteo lo proyecta contra el parabrisas, terminando abruptamente con la conversación. Dejarlo inconsciente de un golpe es la única forma posible de callarlo. Es insoportable, pero no lo suficientemente testarudo como para seguir con un debate inútil después de un fuerte golpe en la cabeza.

– ¿Todo bien atrás? - pregunta amable, mientras que yo regreso la pick-up al camino.

– Si la idea es terminar con nosotras, pueden seguir así, ¡van muy bien! - reclama la chica con trenzas.

– ¿Y tu amiga, la bella durmiente, va a seguir roncando por mucho tiempo?

– No ronco - gruñe la interesada enderezándose.

– OK, entonces vamos a aprovechar que todo el mundo está despierto para presentarnos - continúa Sam sin perturbarse. - Tú debes ser Valentine y la gruñona debe ser Aïna. ¿Cierto?

– ¿Cómo sabes eso? Y creí que tu compañero sólo hablaba venusino. ¿Pero quién diablos son ustedes?

– Me llamo Samuel Torres y el asno que maltrata esta pick-up es mi hermano, Nils Eriksen. No sabía que hablara venusino; sin embargo, de vez en cuando le da por hablar en noruego, lo cual siempre me desespera porque nunca he logrado entender ni una palabra de esa lengua bárbara. Fuimos contratados por el señor Darren Cox para regresarle a su querida bebé, secuestrada por unos malvados traficantes frente a los ojos del joven Lanto Ravalonosequé, un valiente chico que de

inmediato le avisó a su abuelo, quien le avisó a su tío, quien le avisó a alguien más, quien le avisó a su hotel, quien le avisó a Cox. Estoy resumiendo e interpretando un poco, pero fue más o menos así. No había ningún bono por la amiga pero decidimos salvarlas a ambas, porque somos buenas personas.

A través del retrovisor, puedo percibir la mueca escéptica de las dos chicas que nos observan y nos comparan:

– ¿Hermanos? - se sorprende la pequeña malgache mirando a Samuel. ¿Con tu cabello negro, tu piel mate y tu look de modelo de Saint Laurent, tienes los mismos genes que... que...

– ¿Que el bello Vikingo con cara de ángel caído y ojos grises que emanan sex appeal? - pregunto divertido, retomando sus propias palabras.

– Me agradabas más cuando no hablabas - responde molesta.

– Nils tiene ese efecto en las personas a menudo - ríe Sam.

– Ustedes parecen como perros y gatos, no hablan el mismo idioma y no tienen el mismo apellido - recapitula la linda morena. - ¿Creen que somos tontas?

– Es una larga historia - suspira mi hermano.

– Que él les contará otro día, cuando no nos esté persiguiendo nadie - digo, viendo unos faros acercándose en mi retrovisor. - ¡Acuéstense y agárrense, chicas!

Samuel obedece y se recuesta sobre mis rodillas, con la cabeza entre las manos. Piso el acelerador a fondo y la pick-up arranca.

– ¡Mierda, tú no, Sam! ¡Me estorbas! ¡Quítate! - grito con las manos aferradas al volante que vibra violentamente con cada bache, cada piedra que se atraviesa en nuestro camino.

– ¡Lo siento, fue un reflejo! - se disculpa, apenado, regresando a su lugar para sujetarse de su portezuela.

Los faros que aparecieron detrás de nosotros nos anuncian al menos dos vehículos a toda velocidad sobre la pista. Ganan terreno rápidamente, es imposible mantener la distancia. Habrá que contar con nuestra buena suerte para perderlos. La pick-up protesta cuando la dirijo sin miramientos hacia una pista anexa, todavía más maltratada que la primera.

– Dime algo, Samuel: ¿rompiste los faros traseros de nuestra camioneta, como te lo pedí? ¿Y pinchaste las llantas de las 4 x4 del campo?

– Nuestros faros sí, sus llantas no - resume aferrándose con todas sus fuerzas a su asiento. - Bueno, no todas.

– ¡¿Y por qué no?!

– Porque también me ordenaste que fuera a recuperar los videos y las fotos, y no tenía tiempo de hacer todo.

– ¡¿Tienen mis fotos?! - exclama Aïna, feliz, surgiendo entre los dos como un diablo con resortes, mientras que los disparos comienzan a resonar a nuestro alrededor. - ¡Oh, Samuel, es genial! Es...

– ¡¡ACUÉSTATE MALDITA SEA!! - rujo, una décima de segundo antes que una bala explote nuestro parabrisas trasero.

El ruido ensordecedor se mezcla con los gritos y la confusión, la pick-up se sacude con violencia enviándonos a todos en todas las direcciones, y me cuesta demasiado permanecer sobre el camino. Sin embargo, aprovecho que hay un agujero en el bosque para meternos en él, maniobrando bruscamente, esperando que sin nuestras luces traseras nuestros perseguidores no vean que nos salimos de la pista. El camino es un antiguo sendero de descarga en desuso, estrecho pero todavía útil si a uno no le preocupa dejar la unidad de tracción atrás.

– ¿Todos están bien? - pregunto vigilando la aparición de faros en mi retrovisor, mientras que la

pick-up se sacude, rechina y cruje con el tintineo de vidrios rotos.

– Perfecto - responde Samuel saliendo de debajo del tablero, desempolvando su camisa azul cielo.

- ¿Y ustedes, chicas?

– Estoy bien - gruñe Aïna.

– Tengo todos los huesos fuera de lugar, pero estoy bien - agrega Valentine.

– Bueno - concluye Sam. - Si este viaje sigue así de monótono, tendré que sacar un juego de cartas para pasar el tiempo...

Su respuesta estúpida nos hace sonreír, antes de que Valentine abra las hostilidades lanzándome, con una desenvoltura que apenas si esconde sus ganas de arrancarme los ojos:

– Qué rápido aprendió usted nuestra lengua, señor Eriksen. Me alegra, porque tengo un millón de preguntas que hacerle, comenzando por: ¿qué está haciendo aquí?

– Les estoy salvando la vida - respondo, preparándome para enfrentar un mar de reproches por haberme hecho el idiota que no comprendía tres palabras de inglés.

Y no me equivoco. La morena no puede soportar el haber hablado frente a un testigo de todas sus hazañas sexuales y amorosas, revelado sus fantasías, expuesto sus debilidades, sus dudas, sus fallas, sus miedos... En fin, se lanzó sin ningún pudor, frente a mis ojos, y no me lo puede perdonar. Por más que Samuel le explique que, debido a la fuerte vigilancia, era mejor que los traficantes creyeran que no me podía comunicar con ellas, o si no sería mejor que me pusiera una pancarta en el cuello que dijera: « ¡Hola! ¡Vengo a rescatarlas! », ella no quiere saber nada.

– ¿Te hubiera costado mucho decírnoslo en secreto? - me regaña ella.

– Bastante difícil fue que me creyeran un simple turista bajo los efectos del alcohol, no iba a delatarme sólo para que no te enojaras.

– ¿Conoces el concepto del susurro? Ya sabes, esa cosa discreta que uno hace con los labios y permite que sólo una persona muy, muy cercana escuche?

– ¿Me hubieran dejado acercarme a ustedes? ¿Aun cuando no podía mover ni un dedo sin que brincaran hasta el techo? ¿Y cuando me dejaron arreglármelas solo para desatarme las manos...?

– ¿De quién es la culpa? ¡Si hubieras parecido un ser humano civilizado, no habríamos tenido miedo de ser degolladas mientras dormíamos! ¡Sólo tenías que enviarnos a tu hermano!

– ¡Wow, wow, wow! ¿Ya me vieron bien? - protesta Sam ocupado quitándose una mancha de la camisa. - No tengo el tamaño para derribar puertas y dejar hombres inconscientes con un sólo movimiento. Además, detesto la violencia.

Valentine lo ignora soberbiamente para fulminarme con la mirada. Salvar a princesas en problemas no es tan gratificante como uno creería... Me concentro en manejar el auto, mientras mis dos pasajeras no dejan de llenarme de reproches. Ellas se cansarán antes que yo...

*O no.*

– OK - suspiro con la paciencia agotada después de media hora de diversas quejas. - Ya las escuché, lo lamento, les pido mil disculpas, hagamos las paces, y ahora cállense o las regreso a su cabaña y le pago a sus guardias para que las encierren y tiren la llave.

Silencio mortal en el asiento trasero, después de algunos gruñidos de protesta finales. Perfecto. De nuevo podremos escuchar nuestros pensamientos.

Samuel verifica nuestra posición en el GPS, y me alivia constatar que nuestro pseudo sendero sigue orientándose hacia el suroeste. Nuestros perseguidores parecen habernos perdido el rastro, lo cual es una buena noticia. Ante la petición desesperada de Sam, nos permito hacer una pausa corta. Por su tono lívido y sus rasgos crispados, puedo ver que sus intestinos no lo dejan en paz. Eso es lo que sucede cuando uno juega al vaquero que bebe lo que se le pone enfrente en un país donde sólo el

agua mineral embotellada es potable. Le doy discretamente algunas pastillas contra la diarrea; no tengo por qué avergonzarme frente a las chicas que, por su parte, pueden aguantar un poco más. Unas verdaderas guerreras. Luego le escribo un mensaje a Cox para avisarle que tengo a su hija, que todo está bien, pero que no hay suficiente señal para hacer una llamada. Valentine me pide mi iPhone para enviarle besos con corazones a su mamá; mientras teclea, me fusila con la mirada como si me desafiara a burlarme de ella, pero no veo por qué haría eso.

Regresamos al camino. Samuel aprovechó para sacar dos paquetes de pastelillos de la cajuela de la pick-up y repartirlos. Ese tipo de iniciativas son las que me hacen amarlo.

Al final de tres agotadoras horas al volante, de noche, a través del bosque, en un terreno lleno de baches, me siento hartito. Llevo dos días sin dormir, estoy golpeado y hambriento, dos minutos de descanso no me vendrían mal. Mis pasajeros no son mucho más valientes que yo: Sam y Aïna se durmieron, después de haber discutido acaloradamente. Valentine, en silencio, se resiste al sueño y me observa de reojo como si yo fuera un perro rabioso al que hay que vigilar. Está sucia, despeinada, tiene los rasgos cansados, pero aun así no se ve mal. Nada mal. Es una pequeña morena nerviosa, delgada como una liana, con ojos muy negros y un corte de cabello masculino. Y al parecer un carácter endiablado. Pero en vista de las circunstancias, no podría esperarse menos. No es fácil pasar del oro y la seda a la mugre y la sangre. A pesar de su actitud de princesa, se comporta a la altura, no se queja ni hace berrinches, en fin, no se vuelve demasiado insoportable. Y además, tiene valor; cosa necesaria para desafiar así a nuestros tres guardias por un poco de agua cuando visiblemente estaba aterrada. Tiene una cortada en el cuello, causada por la explosión del parabrisas. Sam le dio una toalla desinfectante que ella mantiene presionada contra la herida.

– ¿Todo bien, princesa? - pregunto.

– ¿A quién estás llamando princesa?

OK... Debe seguir enojada conmigo por saber tanto sobre sus preferencias sexuales y su torpeza con los preservativos. Puedo entenderla. Aun cuando compadezco al pobre chico que sufrió las consecuencias... Me costó demasiado trabajo no sonreír cuando contó eso.

Sigo conduciendo por unos diez minutos más en silencio, hasta llegar a un claro del bosque. Entonces decido que es hora de descansar por la noche. Vacío la cajuela de la pick-up y la cubro con una lona, vagamente ayudado por un Samuel dormido que funciona en piloto automático. Cantimploras y botellas de agua, cobijas, comida, ropa. Vinimos bien preparados, con lo necesario para sobrevivir una semana. Las chicas se asean rápidamente mientras que yo preparo algo de comer. Al final de la cena, protestan llamándome macho cuando les anuncio que les toca lavar los platos y limpiar, pero no estoy en humor de discutir:

– No soy su mayordomo. Conduje por tres horas y les hice de comer, así que o hacen su parte o continúan a pie. Y tendrán que tallar bien las cacerolas, la comida se quedó pegada.

Ellas gruñen, escucho dos o tres epítetos poco halagadores como « Neandertal », pero obedecen, ayudadas por un Sam un poco más despierto pero preocupado por mantener relaciones cordiales con todos.

Me alejo para lavarme; deshacerme de mi ropa sucia, de la sangre y de la mugre me hace mucho bien. La cabeza me sigue punzando justo en el lugar donde un tipo se ensañó golpeándome con un palo, pero ya no estoy sangrando. El resto no es más que heridas superficiales. Cuando llego a nuestro campamento improvisado, Valentine me lanza una mirada extraña:

– ¿Qué?

– Yo... Tú... ¿No estabas herido en el costado? - farfulla.

Bajo la mirada para inspeccionarme, por si acaso (que no creo) alguna herida se me escapó, pero

además de mi cortada en el cráneo y algunos hematomas, bien marcados sobre la piel clara de mi torso, no hay nada grave.

– Tenías... sangre en tu camisa - continúa ella con los ojos paseándose sin cesar por mi vientre, lo cual no deja de provocar varias sensaciones en mi parte baja.

– Ah... No era mi sangre. Pero eres muy amable de preocuparte por mí - le respondo divertido al verla sonrojarse.

Sin decir ni una palabra más, ella me da la espalda y va a meterse en la cabina de la pick-up.

– Sé amable, Nils - suspira Sam apareciendo a mi lado. - Ponte una camiseta. Si no, sería competencia desleal. ¿Cómo quieres que yo consiga una chica si te paseas por ahí medio desnudo?

– Olvídala. No viniste aquí para coquetear.

– ¿Y desde cuándo te interesan mis coqueteos?

– Anda, muévete, Calimero, en lugar de lloriquear, tenemos que instalar todo para dormir.

– Aun así - insiste él. Una chica así, tan rica, sería realmente como ganarse la lotería. ¿Sí viste la casa de su padre? La mansión del *Príncipe del Rap* parece un basurero a su lado. Jamás tendría que volver a trabajar...

– Jamás has trabajado en tu vida...

– Tienes razón: jamás tendría que estafar a nadie...

– Aunque fueras millonario, seguirías desplumando gente, Samuel. Está en tu naturaleza. Los estafadores y los idiotas lo seguirán siendo toda su vida. Y créeme, no quisieras tener a Darren Cox como suegro. Anda, vamos a dormir.

Arreglo mis cobijas en la cajuela de la pick-up y utilizo mi fusil como almohada, mientras que Sam se acomoda en posición fetal sobre los asientos traseros.

– No pienso dormir al aire libre, arriesgándome a que un oso me coma - explica cuando le pregunto por qué no viene a la parte trasera conmigo.

– No hay osos en Madagascar...

– Nunca se es demasiado precavido. Y además, dormir sin nada que me cubra me da miedo.

– A mí también - lo apoya Aïna saltando en la pick-up. Pido el asiento de atrás.

– OK, muy simpática... - dice Valentine. - ¿Y yo?

– Tendrás que correr el riesgo de dormir a mi lado - digo cubriéndome con las cobijas. - O puedes hacerlo abajo de la pick-up. Si no le temes a las serpientes, arañas y ciempiés gigantes...

Después de pensarlo cinco minutos, durante los cuales los otros dos ya se durmieron, ella se para a mi lado:

– No olvides que yo soy la mercancía preciosa en todo este asunto - gruñe. - Y que si me regresas a mi casa con algún daño, puedes decirle adiós a tu recompensa. Mi padre nunca pagaría por un producto defectuoso.

– OK, OK, no lo olvidaré.

– Bueno.

– Buenas noches, princesa.

– ...

## 4. El archivo Valentine

### Valentine

Cuando abro un ojo al día siguiente, apenas está amaneciendo, pero Nils ya no está allí. Eso es algo bueno; el simple hecho de verlo con el torso desnudo ayer me hizo perder los estribos... Sus cobijas están dobladas y lo escucho hablar al teléfono, acerca de un helicóptero y de una cita en el bosque. La comunicación parece muy mala, él articula sus palabras y repite todo varias veces antes de concluir diciendo que enviará las coordenadas por mensaje. Tiene una bella voz, grave y baja, agradable.

Anoche, caí en un sueño pesado apenas me acosté a su lado y dormí como bebé. Me enderezo para mirar dentro de la pick-up por el parabrisas roto, y constato que Samuel y Aïna siguen durmiendo. Con la punta de los dedos, rozo mi garganta: la cortada fue superficial y ya se cerró. Por el contrario, me lastimé el puño. No sé bien cómo ni dónde, y, si bien ayer me dolía ligeramente, el día de hoy me duele mucho. Está hinchado, caliente y un poco rojo. Después de no haber encontrado ningún rasguño o herida sospechosa, deduzco que no me voy a morir. Pero aun así, molesta.

Una gota de agua gruesa como una canica me cae sobre la nariz, rápidamente seguida por varias más. Me levanto de inmediato, enredada entre mis cobijas, para regresar a mi lugar en la pick-up y ponerme un pantalón de tela para protegerme de los mosquitos. Nils vuelve a poner la lona sobre la cajuela, sin que Samuel ni nadie piense siquiera en ayudarlo. Todos seguimos un poco adormilados y completamente fatigados, todos menos él. Es casi desesperante verlo tan fresco mientras que nosotros estamos como un trapo; finalmente, es regocijante mirarlo activarse trabajar bajo una lluvia torrencial. OK, no es algo muy caritativo... pero sí muy regocijante. No estoy cerca de perdonarle que haya escuchado las confidencias que le hice a Aïna, y cualquier venganza me sirve. Sí, es algo mezquino, pero no importa.

Espero escucharlo gruñir y gritar para que vayamos a ayudarlo pero se conforma con cargar nuestro equipo sin parecer muy preocupado por la lluvia. Sin embargo, le ordena a Samuel que descienda y le ponga el cerrojo a la cortina metálica de la cabina, la cual remplazará eficazmente nuestro parabrisas roto por una bala. Samuel nos escala para ejecutar la maniobra desde el interior y recibe una bofetada suave de Aïna cuando este pone « sin querer » una mano sobre sus senos.

Luego Nils se instala detrás del volante, se sacude salpicándonos a todos sin que nos atrevamos a protestar, se quita la camiseta empapada (lo cual vuelve a dejarme ver sus amplios hombros adornados con magníficos tatuajes), la exprime por la ventana y se la lanza a Samuel, quien se apresura a darle otra seca.

– Gracias por la ayuda, bola de gallinas - dice al fin con una media sonrisa. No sé qué haría sin ustedes.

Apenados, nos disculpamos todos juntos con diversas excusas formando un barullo bastante cómico, y luego él enciende el motor para seguir con nuestra epopeya. Aïna, apoyada sobre el respaldo de Samuel, habla con él sobre el tráfico de palo de rosa y le explica pacientemente que no, un *vazaha* no es un bizcocho sueco sino un blanco, un extranjero en malgache. Ahora esos dos se llevan bien, lo cual me da mucho gusto. A veces me da envidia la facilidad que tiene Aïna para

relacionarse con los demás. A mí me toma más tiempo sentirme cómoda con alguien. No soy tímida, para nada, sólo me es más fácil establecer relaciones profesionales, cerrar tratos, que hacer amigos.

Pierdo el hilo de su conversación, absorbida por mis propias ideas, con los ojos clavados en las manos de Nils al volante. Unas grandes y bellas manos cuadradas, sólidas, con los nudillos raspados por los golpes. Unas manos poderosas, que saben golpear... ¿Esas manos también sabrán acariciar? ¿Proteger? ¿Volverse dulces y tranquilizantes? ¿Excitantes...?

Odio a los musculosos prepotentes, es algo visceral; me dan miedo, y Nils no es la excepción. Las explosiones de violencia me aterran, y verlo golpear cabezas, romper costillas, brazos y otras cosas durante nuestra huida me dio náuseas. Hasta las películas de karate me enferman; podría tener pesadillas sólo con una retransmisión en la televisión. A mí me gustan los intelectuales, los hombres refinados y bondadosos, con una silueta esbelta, como Samuel. Hombres que no me den la impresión de que podrían aplastarme con una mano mientras se sirven una cerveza con la otra. Sin embargo, Aïna tiene razón: Nils es apuesto. Pero muy apuesto, con su belleza nórdica y helada. Y, muy a mi pesar, me cuesta trabajo dejar de verlo...

Después de media hora de avanzar lentamente, salimos del bosque y tomamos un autopista, una verdadera, mucho más abordable que nuestro sendero salvaje.

– ¿Dónde estamos ahora? - pregunto, repentinamente consciente de que llevo horas dejándome pasear sin saber nada de nuestro itinerario.

– ¿Hasta ahora te preocupas, princesa? - se burla Nils. - Vamos hacia el sur, acabamos de tomar el camino que une a Mandritsara con Moramanga.

– ¿Y después? ¿A dónde iremos?

– Bordaremos el lago Alaotra y luego, después de unos setenta kilómetros, bifurcaremos hacia el este, por el bosque. Lo atravesaremos, dormiremos allí, y al otro lado nos espera un helicóptero.

– Espero que sepas lo que haces - dice Aïna de mal humor. Porque ahí no hay ningún camino hacia el este...

– No te preocupes - la tranquiliza Samuel hundiéndose cómodamente en su asiento para tomar una siesta. - Nils puede tener muchos defectos, pero cuando se trata de rastrear o perder a alguien, es el mejor. Y la supervivencia en un lugar hostil es su especialidad. Si él dice que se puede, se puede.

Y, sin más por el momento, se duerme. Al menos en eso se parece a Nils: puede caer en un sueño profundo sin ningún problema, sin importar las circunstancias.

Cerca de las diez, la lluvia ha cesado y llegamos sin complicaciones al lago Alaotra. Nils, después de conducir durante cuatro horas sin parar, se estaciona en un sendero indebidamente en medio de unas cañas, se estira y decreta una pausa hasta el mediodía. Aïna salta de la pick-up y me lleva con ella:

– *Hapalemur alaotrensis*, ¡aquí estamos! - exclama jovial, agitando un iPhone corriendo por una zona pantanosa a través de las cañas.

– ¿Me puedes explicar? - pregunto intentando seguirla sin hundirme en el lodo.

– Es un lémur endémico de este lago, sólo se encuentra aquí. Está en peligro crítico de extinción. Nunca he visto uno hasta ahora, y Samuel me prestó su iPhone para que pueda fotografiarlo. ¿No es fabuloso?

– Extraordinario - farfulto sacando mi zapato de un hoyo de barro que apesta a rata muerta. Hay días en los que llego hasta a extrañar las reuniones interminables con los cretinos del consejo de administración.

– ¿Qué opinas? - me pregunta distraídamente.

– Opino que es maravilloso, muero por conocer a esos encantadores animales.

– Espero que tengamos la oportunidad de hacerlo; son más activos al alba y al crepúsculo.

De hecho, pareciera que la suerte está de nuestro lado ya que llegamos a observar una familia de cinco integrantes con papá, mamá y crías. Y debo confesar que con su hociquito puntiagudo, sus orejitas redondas, sus ojos de sorpresa y su pelaje lanoso, son muy tiernos. Aïna, está tan emocionada que le cuesta quedarse quieta, los fotografía en sus actividades cotidianas y filma cómo se desplazan de una caña a la otra. Estamos tan absorbidas por el espectáculo que no vemos el tiempo pasar. A las 11 :55, un mensaje de Nils nos regresa a la realidad:

[Nos vamos en 5 minutos. ¡Actívense!]

– ¡Mierda! - susurro para no asustar a los lémures. - Apresurémonos si no queremos una nalgada..

Pero Aïna, pegada a su bloc de notas, enfoca a sus hapalensequé, sin moverse ni un centímetro. Hasta logra convencerme, sigo sin saber cómo, de ir con Nils y negociar con él para quedarnos aquí hasta las 2 de la tarde. Esperaba tener que luchar y asistir una demostración de autoridad, como con cualquier otro macho lleno de testosterona al cual le perturban su organización, pero no es así para nada. Nils se conforma con responder plácidamente:

– OK, princesa. Ella sabrá lo que hace. Mientras las pueda entregar vivas para que me paguen, está bien.

– Qué amabilidad, caballero, - le respondo.

– Pero no quiero entrar al bosque de noche, así que a las 2 de la tarde en punto levanto el campamento, esté quien esté. Y ustedes vienen conmigo.

– Entendido, capitán - gruño, no muy contenta de recibir sus órdenes.

– Perfecto. Rompa filas, soldado. Y aproveche para asearse un poco, agrega frunciendo la nariz.

Una mofeta tiene un perfume más sutil que el suyo...

Demasiado pasmada como para responder algo ingenioso, me conformo con insultarlo, mientras que él se aleja tranquilamente hacia el lago, por un sendero arenoso y con una toalla sobre el hombro. Echando pestes y maldiciendo a sus ancestros vikingos, los charcos de lodos apestosos, los lémures, las maderas preciosas, los traficantes, los hombres general y particularmente ese, busco un jabón en la cajuela de la pick-up, porque ciertamente, apesto demasiado.

Luego tomo por mi parte el sendero de arena, en dirección hacia el lago. Debo caminar unos quince minutos antes de encontrar el lugar ideal para bañarme; un pequeño estanque profundo y claro con riberas estables, alimentado por un arroyo atravesando una arrocera. Ignoro hacia dónde se fue Nils, pero en todo caso, no veo a nadie a dos kilómetros a la redonda. Perfecto. Comienzo por lavar mis zapatos, sin escatimar con el jabón, luego chapoteo una buena media hora en el agua fresca, aprovechando al máximo de este primer baño desde hace días. Es divino. Mejor que el más sofisticado jacuzzi. Y a mi puño adolorido le hace mucho bien.

Luego me instalo sobre un largo peñasco plano caliente por el sol. Admiro el paisaje, los arrozales, las cañas al horizonte, las montañas a lo lejos, sus costados verde y rojo... una vista hermosa, para dejar sin aliento. Madagascar, tierra de sueños, en todo su esplendor. Por primera vez desde hace días, me siento tranquila, a pesar del peligro que nos amenaza todavía. No importa lo desesperante que sea, estoy convencida de que Nils nos llevará a buen puerto. Mi padre no habría enviado a cualquiera, siempre encuentra al mejor, y hasta ahora Nils ha demostrado que se puede confiar en él. Es a la vez calmado y reactivo, prudente, terriblemente eficaz. Y muy apuesto, aun cuando eso no sea importante para lo que le piden hacer.

Muero por volver a ver a mi madre, por regresar a casa, aun cuando eso signifique también tener que soportar mis eternas peleas con Darren. Él y yo somos incapaces de convivir sin enfrentarnos, sin provocarnos. A veces, temo que esto sea porque nos parecemos demasiado; odio la idea de ser un

clon de mi padre, ese hombre rígido y frío para quien sólo importa su trabajo, su imperio, su precioso consorcio. Además, la idea de tener que volver a hundirme en el implacable mundo de los negocios no me encanta. Sin embargo, soy buen en esos juegos de estrategia y poder. Por no decir excelente. Tengo de dónde heredarlo: después de todo, soy la digna hija de Darren Cox, una eminencia en ese campo. A pesar de eso, creo que no me gusta mucho esa Valentine, la que acaba con sus adversarios y disfruta haciéndolo. Prefiero a la que pone los pies en el lodo para observar a pequeñas bestias peludas extrañas con su mejor amiga. Pero no estoy segura de saber cuál es la auténtica.

Un ruido de agua me saca de mis pensamientos. Un gran chapoteo que me hace pensar en un cocodrilo lanzándose sobre su presa. Caigo de mi peñasco antes de cambiar de opinión para volver a subir a toda velocidad y ponerme fuera del alcance de cualquier depredador lleno de garras y dientes. A esas bestias las prefiero en brochetas o en la correa de un reloj. O en unos zapatos. Pero no como compañeros de nado.

Escondida detrás de mis cañas, lanzo un suspiro de alivio al darme cuenta de que no se trata más que de un hombre nadando. Por la estatura, inconfundible, y por los espléndidos tatuajes tribales que bailan sobre sus hombros, reconozco a Nils. Durante un largo momento, él se zambulle, nada, hace piruetas y se sacude con un placer evidente que me hace sonreír. Como si fuera un niño travieso. Hmm... Un niño travieso con un cuerpo de macho que da vértigo, constato cuando sale del agua, completamente desnudo. Me recuesto sobre mi peñasco, sin querer ser descubierta y pasar por una acosadora. De por sí no es muy típico en mí el observar así a un tipo que me desespera al máximo. Sólo falta que piense que me gusta.

Termino por acostarme de espaldas para contemplar el cielo, las nubes, los pájaros, todo eso... mientras me masajeo mi puño adolorido. Tres minutos más tarde, Nils, desafortunadamente vestido, con camiseta y pantalón de tela, está parado frente a mi peñasco. Muy, muy cerca de mi peñasco...

– ¿Todo bien, princesa?

– Perfecto. Hasta logré quitarme el aroma a hurón atropellado.

– Qué bueno, o si no te habría dejado a que corrieras detrás del auto - responde burlándose.

– No me sorprende.

– ¿Estás herida?

Perturbada por su cercanía, me toma un momento comprender que está hablando de mi puño, el cual me sigo masajeando convulsivamente.

– Nada grave. Una torcedura o algo.

– Enséñame - dice extendiéndome la mano.

Como dudo, sorprendida por esta atención, y todavía no muy tranquila en su presencia, demasiado bruta, demasiado intensa, él me roza el brazo con la punta de los dedos, y su caricia ligera se desliza hasta mi puño. Si hubiera insistido, tomado mi mano, o me hubiera mirado a los ojos, como hacen los hombres cuando quieren seducirte, atraparte, habría retrocedido. Tal vez hasta gritado. Pero su mirada no me exige nada, permanece baja y sigue a sus dedos, que apenas si me tocan. Le confío mi puño, con el corazón latiendo a mil por hora, como si fuera mi primer coqueteo, aun cuando su maniobra parece más un gesto para apaciguarme que una técnica de seducción. No me está coqueteando, sino domándome... Y en verdad no sé cómo tomarlo.

– No es nada, declara finalmente regresándome mi puño después de algunas manipulaciones precautorias y un ligero masaje que puso todos mis sentidos en alerta. Un poco de pomada y en dos días estarás como si nada. Tenemos todo lo necesario en la pick-up.

– OK - digo, no muy segura de lo que siento: ¿alivio, decepción, frustración?

– Anda, vamos, comienza a hacerse tarde, debemos regresar al camino.

Mientras que avanzamos lado a lado sobre el sendero, le pregunto:

– De hecho, ¿cómo nos encontraron?

– Tu padre me dio un archivo sobre ustedes, bastante completo, con fotos e información. Su pista no fue muy complicada de seguir gracias al niño que vio cómo las secuestraban.

– ¿Un archivo? - me sorprende con el desagradable presentimiento de que lo que voy a escuchar a continuación no me va a gustar. - ¿Mi padre tiene un archivo sobre mí? ¿Con qué tipo de información?

– Cosas banales - responde Nils alzando los hombros. - Fotos, medidas, historia clínica, amistades... No necesitaba todo eso pero no me iba a quejar, puesto que es la primera vez que me dan algo más que una vieja foto de hace diez años y una tarjeta de biblioteca expirada.

– OK - digo intentando mantener la calma, sin lograrlo. - Así que no sólo sabes todo acerca de mi vida sexual, después de pasar ese tiempo juntos en esa maldita cabaña de lámina, sino que también conoces mi peso, la talla de mis sostenes, mi grupo sanguíneo, el nombre de mis novios, la marca de mi píldora anticonceptiva... ¿Y qué más?

– Bueno... Tu problema de mareo, el color de tus bragas, tu comida favorita, y el sueldo en tu cuenta bancaria - responde sin reírse. Además de otras cosas.

Tengo un repentino deseo de estrangularlo, pero considerando nuestros respectivos tamaños, me conformo con soltar todas las groserías posibles maldiciendo a Darren y su necesidad vital de controlar, dominar, etiquetar, gobernar y poseer todo. ¡Ese maniático controlador tiene un archivo sobre su propia hija!

– No te preocupes - me tranquiliza Nils, burlón. - No le diré tus secretos a nadie...

Suelto pestes como nunca, furiosa, ofendida más allá de lo decible por esta violación a mi vida privada, que es la gota que derramó el vaso.

– Vamos, no es tan grave - responde Nils. No son más que datos. Eso no revela mucho de lo que eres realmente.

– Aun cuando no sea dramático, es humillante. No te parecería tan gracioso si fuera tu vida la que le entregan a desconocidos.

– Podría darte todo un paquete de información personal o vergonzosa mía, si eso logra tranquilizarte y evitar que gruñas todo el día.

– ¿Ah sí? - digo con la curiosidad en alerta. - A ver, te escucho.

– OK... - responde pensando antes de enumerar: mi tipo de sangre es AB+. A los 8 años, pensaba que *Hunting High and Low* de a-ha era la canción de amor más bella del mundo, y si no borras de tu cerebro esa información ultra secreta y perfectamente vergonzosa en treinta segundos, tendré que matarte. Pasé de ser zurdo con problemas a ambidiestro. Perdí mi virginidad a los 14 años. Mi última prueba de VIH fue tan negativa como la tuya. Y mi mascota es un wombat con problemas de carácter que hace huir a todas mis conquistas.

– ¿Un wombat? - pregunto sorprendida por todas estas revelaciones inesperadas y absurdas. - ¿Quieres decir una de esas bestiecitas australianas que parecen una cruce aleatoria entre un koala y un castor?

– Exacto. Se llama Willy y es bastante susceptible así que cuida tu lenguaje si algún día lo conoces.

– OK, OK, lo prometo, tendré más tacto - digo divertida y sorprendida de que haya logrado deshacerse de mi mal humor tan fácilmente.

– De hecho, mentí en cuanto al color de tus bragas - agrega antes que lleguemos con Sam y Aïna que nos esperan cerca de la pick-up. - No estaba en el archivo. Sólo te vi las nalgas esta mañana,

cuando saltaste salvajemente de la cajuela con las cobijas alrededor del cuello.

– ¿Qué? - me sobresalto, incrédula y... perturbada.

– Eh, nada personal - se defiende alzando los hombros, pareciendo falsamente afligido. - Fue un reflejo primitivo de macho saludable.

– ¡Pero...! ¡Pero...! ¡Pero qué patán! - exclamo riendo.

## 5. Doméstícame

### Valentine

Esa misma noche, después de interminables horas soportando los baches de la pista, nos detenemos para instalar nuestro campamento en medio del bosque, última etapa antes de nuestro vuelo en helicóptero a La Reunión, desde donde tomaremos el jet a California, con una escala prevista en París, para dejar a Aïna y Samuel. No sé qué pensar de mi intermedio en el lago con Nils. Descubrí que puede ser muy agradable, incluso encantador, pero comparado con Samuel o cualquier otro hombre, él parece perfectamente inaccesible; puede ser a causa de su físico. Incluso a Aïna que es muy social y le encantan los hombres fuertes, le parece intimidante. Y además, nunca sé qué pensar con él. Nunca reacciona como me lo espero.

Samuel condujo por una buena parte del trayecto, solo le dio el volante a Nils cuando dimos la vuelta hacia el este a través del bosque, sobre un sendero no muy marcado que serpentea en medio de centenarios árboles. Aïna me comentó sus fotos magníficas de lémures y pasamos el tiempo conversando, sin llegar a estar realmente cómodas con todos esos oídos masculinos a nuestro alrededor. Después de todo esto, la voy a extrañar. Le he propuesto varias veces que se mude a California conmigo, y lo ha pensado seriamente, pero Aïna es una trotamundos, no puede quedarse en un solo lugar. No importa dónde viva, nunca se queda ahí por mucho tiempo, así que no la vería seguido ni aunque fuéramos vecinas. De todas formas, en los meses siguientes, no tendrá un minuto libre: va a trabajar hasta el cansancio, utilizar sus videos y sus fotos de traficantes para montar un documental que denuncie la caza furtiva y el pillaje en su isla. Espera vendérselo a cadenas de televisión gracias a algunos contactos simpatizantes de la causa, personas influyentes en Saboya y en Suiza. Estoy segura de que será una gran película.

– ¿Valentine? - me pregunta ella mientras me como mecánicamente mi último (y delicioso) bocado de arroz con leche de coco. - ¿Está todo bien?

– ¿Hmm? - murmuro, saliendo de mis pensamientos.

– Ya no te escuchamos.

– Lo cual es tan inédito que preocupa, - gruñe Nils raspando el recipiente para acabarse todo, después de haberse servido tres veces ya.

– Que sepas cocinar el mejor *vary coco* de Madagascar no te da derecho a ser sarcástico - le respondo con mi sonrisa más encantadora mientras le extiendo mi plato para que me sirva más.

– Cuando lo pides tan amablemente... - dice, cediéndome a regañadientes la última parte.

Después de haber limpiado y empacado todo, cada uno toma sus cobijas, Nils le quita la lona a la pick-up, me lanza un tubo de pomada para mi puño, y Aïna y Samuel se apresuran a regresar a sus lugares en los asientos. Resignada, me preparo para afrontar mi segunda noche en la cajuela, bajo las estrellas. Eso siempre es mejor que bajo el chasis, con las serpientes, arañas, escorpiones y otros animales exóticos. Después de todo, la primera noche estuvo bien: me acosté, dormí y desperté de un solo golpe. Solamente espero que los traficantes no sigan nuestro rastro hasta aquí; ya casi lo logramos, sería estúpido que nos atraparan tan cerca del final. Me tranquilizo recordando que Nils escogió este lugar para la cita con el helicóptero debido a su perfecta discreción.

Me acomodo entre mis cobijas y me extiendo boca arriba, con los ojos perdidos en la contemplación de la luna cuyo arco luminoso es como una gran sonrisa en el cielo oscuro. El bosque está calmado y me dejo arrullar por la respiración regular y profunda de Nils a mi lado. Lentamente, con el puño adormecido por la pomada, siento como entro en un sueño profundo...

Me despierto a mitad de la noche, repentinamente oprimida, con un inexplicable pánico anudándome el estómago y la cabeza llena de imágenes estúpidas: un oso venenoso, una serpiente peluda, una araña gigante con un machete en cada una de sus ocho patas, un escorpión con una trampa para lobos en la cara. La piel se me eriza.

A cincuenta centímetros, bañado por el claro de luna, Nils duerme boca arriba, sereno, con un brazo detrás e la cabeza y las cobijas por debajo de sus caderas. Aun reposando se ve indestructible. Aprovecho su sueño para observarlo con detalle, una forma cualquiera de combatir el insomnio. Sin embargo, más me hubiera valido apegarme a la vieja técnica de contar borregos. Es mucho más eficaz. Porque entre más lo veo, menos ganas tengo de dormir...

Se rasuró, y con su rostro liso parece más joven, menos duro. Se volvió a hacer las trenzas, y su baño en el lago le ayudó a deshacerse de toda la tierra que tenía en el cabello; sus mechones de un rubio casi blanco son tan luminosas como los rayos de la luna. Tiene labios bellos, sensuales y pálidos, que dan ganas de comérselos enteros, y un cuerpo soberbio, pesado y musculoso, pero sin llegar a ser excesivo, un vientre con abdominales perfectamente dibujados que llaman a acariciarlos. A pesar de su figura impresionante, no tiene venas salientes ni bíceps inflados con hormonas, todo es armonioso.

Me pierdo contemplándolo, mientras dejo que mi mente divague... ¿A cuántas mujeres habrán besado esos labios, o acariciado esas manos? ¿Será tierno cuando hace el amor? ¿Brutal? ¿Un poco de ambas? ¿Le habrá murmurado ya « te amo » a una mujer acurrucada entre sus brazos? Es difícil imaginarlo mirándolo. ¿Habrá alguien en su vida? A Samuel no le importó, a pesar de las circunstancias poco propicias para el jugueteo, coquetear con Aïna en el auto, y conmigo cuando lavábamos los trastes. Con su cara angelical y su carácter amable, debe tener cientos de chicas detrás de él. Pero Nils no ha tenido ni una mirada, una palabra o un gesto que deje ver el menor interés por nosotras. Hasta su masaje fue clínico, diagnóstico, funcional. Desde nuestro primer encuentro en la cabaña de lámina, ha permanecido tranquilo y profesional, autoritario e imperturbable. Una verdadera máquina.

*¿Y entonces? ¿En qué te molesta? Lo que importa es que te va a llevar a casa sana y salva, ¿no? ¿No...?*

Un ruido en el bosque me arranca de mis pensamientos. Me petrifico y me pongo en alerta. ¿Será mi imaginación jugando conmigo? No. A pesar del ruido que hace mi corazón enloquecido dentro de mi caja torácica, escucho claramente el crujir de unas hojas. Algo se agita entre los árboles, de mi lado. ¿Los traficantes? ¿Un machete abriéndose paso entre los arbustos puede hacer ese tipo de ruido? ¡No quiero morir! Sin pensarlo ni un segundo más, llevada por todo el ardor de mi miedo monumental, me refugio de un brinco en Nils (o mejor dicho, sobre él).

– ¡Huupff! - gruñe cuando aterriza sin mucha delicadeza sobre su vientre. - ¿Qué...?

– Ruido... ruido en los árboles - susurro abrazándolo.

Instantáneamente en alerta, todo su cuerpo se tensa y se endurece bajo el mío. Él pone un brazo sobre mí y me tapa la boca con una mano para evitar que haga ruido. Al acecho, permanece calmado, concentrado. Siento su corazón latiendo poderosamente pero con tranquilidad contra mi pecho, y su aliento, medido, acariciando mi cuello. Tiene los ojos hacia el bosque. El instante se alarga, permanecemos inmóviles. Él acechando los árboles, y yo... yo, ya ni sé. Estoy un poco confundida.

Siento que estoy lejos, muy lejos del planeta Tierra, nada malo me puede pasar. Tomo consciencia del calor de la mano de Nils en la parte baja de mi espalda, de sus dedos sobre mis labios, de su aroma, sobre todo, que perturba todas mis conexiones neuronales hasta volverme incapaz de pensar coherentemente.

De repente, siento cómo se relaja debajo de mí. Su gran cuerpo se vuelve cómodo, acogedor, retira su mano de mi boca para ponerla en mi espalda. Sus ojos grises, sus magníficos ojos grises manchados de sombras, se aferran a los míos, y dice en voz baja, divertido:

– *Lepilemur hollandorum*.

– ¿Perdón? - murmuro perturbada. - ¿Estás hablando en noruego?

– En latín. Tu amiga estaría feliz de tomar una foto de esos visitantes nocturnos. Toda una familia de lemúridos bastante simpáticos pero no siempre fáciles de observar, puesto que son principalmente noctámbulos. Y muy raros por aquí; en general se les encuentra en el norte del país. Mira. Pero no hagas ruido.

Él se endereza moviéndome suavemente para acomodarme de espaldas a él, entre sus muslos. Me apoyo en su torso, con el corazón latiendo a mil por hora y las ideas en desorden; su contacto me hace perder la cabeza por completo, es vergonzoso. Pero delicioso. Sigo su dedo con la mirada, que me señala un agujero entre los árboles. No veo nada. Seguramente porque estoy tan perturbada por estar entre sus brazos que no vería ni un elefante, aunque lo tuviera entre las rodillas. Me despejo mentalmente, intento abstraerme de los escalofríos que provocan sus cabellos acariciando mi mejilla, de la suavidad de sus grandes manos que aprisionan las mías y que vienen a instalarse sobre mi vientre, del sentimiento de invencibilidad que me procura su cuerpo enlazado al mío. Respiro, concentrándome en las ramas y, ayudada por la luna que sale por detrás de las nubes para iluminarnos, percibo al fin los lémures.

– ¿Los ves? - me susurra Nils al oído apretando mis rodillas con las suyas.

– Sí - resoplo, a pesar de que su maniobra me ha perturbado hasta perderlos de vista.

Sin embargo, vuelvo a encontrarlos rápidamente y me arrepiento de no tener una cámara fotográfica a la mano. Se trata de un pequeño grupo, acompañado de jóvenes que sólo piensan en jugar. Es muy divertido observarlos y no puedo evitar reír al admirar sus payasadas. No son los lémures más lindos, con sus grandes ojos redondos y naranjas y su pelo gris oscuro, pero sus caras son muy simpáticas. Ni siquiera puedo despertar a Aïna para que disfrute el espectáculo: el ruido los haría huir, de eso no hay duda. Por otro lado, muy egoístamente, me siento muy bien aquí, entre los brazos de Nils... No quiero romper el encanto.

– Sabes mucho de Madagascar, comento en voz baja. Sobre los caminos, la fauna y hasta la gastronomía local...

– Digamos que conozco bien África en general y que me interesa todo lo que se come.

– ¡¿Los lémures se comen?! - exclamo incrédula.

– Por supuesto. Con una buena salsa de coco, son deliciosos.

– Pero... Pero...

– Puedo matar uno para el desayuno, si quieres probarlo.

– ¡Jamás! - exclamo intentando escapar de entre sus brazos. - Tú... ¡Tú....!

– A veces también como niños. En tarta o con salsa ragú son exquisitos.

Silencio, mientras sus palabras se abren camino hasta mi cerebro.

– Oh... Tú... Estás bromeando... - me doy cuenta por fin, avergonzando, dejando de agitarme.

– Realmente crees que soy un bárbaro, ¿verdad? - se divierte. - Y espantaste a nuestros visitantes con tus aullidos.

Incómoda, me hago pequeña. Minúscula. Microscópica. Arruiné estúpidamente un instante mágico y me siento como la más grande idiota. Nils soltó mis manos cuando comencé a removerme y, aun cuando muero de ganas, no me atrevo a retomar las suyas. Merezco unas bofetadas. Él se remueve detrás de mí; imagino que se está preparando para volver a dormir, y no sé cómo regresar a donde estábamos, cómo recuperar ese momento perfecto, esa intimidad de cómplices. No puedo permanecer razonablemente entre su piernas toda la noche sin una excusa válida. Pero tampoco voy a saltarle encima cuando ni siquiera yo misma sé lo que quiero, lo que espero exactamente. Pero me sentía tan bien... Nils, tan eficaz como siempre, resuelve todo mi dilema en un segundo:

– Sólo tenemos que esperar hasta que regresen, dice acomodándose contra la cajuela y jalándome hacia él, con la mayor naturalidad del mundo.

Me vuelco contra él, entre las nubes, casi sin aliento, y me recargo contra su gran torso. Me siento bien. En mi lugar. Retomo sus manos para ponerlas sobre mi vientre. Cuando sus labios rozan mi cuello, le sonrío a la luna y esta me responde.

En la atmósfera cálida y húmeda del bosque, su boca sobre mi garganta traza un rastro de frescura que me hace estremecer. Esta es suave, determinada, se pasea detrás de mi cuello o en el hueco de mi clavícula, donde mi piel es tan fina que su simple aliento la hace estremecer. Cierro los ojos y muevo la cabeza hacia un lado, para ofrecerle más piel. Su cabello acaricia mi mejilla, huele a agua de lago y jabón.

Su mano izquierda se libera de la mía, sube mi camiseta y comienza un lento baile desde mi vientre hasta mis caderas, las cuales roza sin atravesar nunca la línea de mis bragas, luego sube progresivamente hacia mis senos. Su caricia es increíblemente ligera y lánguida, se toma su tiempo, sabe lo que hace, y eso me gusta.

Al parecer, la noche será muy caliente...

Mi corazón se acelera, de miedo o de excitación, ya ni sé. Seguramente un poco de los dos. Miedo de dejarme llevar entre los brazos de un hombre que podría aplastarme con una sola mano. Excitación de que esos brazos sean los de Nils, hasta ayer un perfecto desconocido, pero que en este instante parece un viejo sueño, la encarnación misma de mis primeras conmociones, de mis primeras fantasías, cuando era una adolescente virginal e ingenua para quien el sexo y el amor eran la misma cosa.

Levanto las manos por encima de mi cabeza para pasarlas por su cabello; este es espeso y sedoso, y corre entre mis dedos como una bufanda de satín, produciéndome una verdadera felicidad. Volteo el rostro hacia él para cruzar mis ojos con los suyos, sus bellos ojos con brillos metálicos, y él aprovecha esto para besarme en la comisura de los labios. Es tierno, más tierno de lo que podría imaginar o soñar. Es lo único que necesito para abandonarme a él.

Su mano izquierda llega a mis senos; primero los contornea, como para estudiar su topografía antes de explorarlos, y es entonces que comienza el delicioso suplicio. Me deleito ante esto, su mano derecha acaricia mis muslos, alternando deliciosos arabescos y masajes sensuales, más insistentes. Agradezco al cielo que sea ambidiestro... Siento el deseo poderoso creciendo en mi vientre, electrizando todo mi cuerpo.

Consciente de la proximidad de Aïna y de Samuel que duermen en la cabina, quisiera quedarme inmóvil y silenciosa, no despertarlos, pero me agito y suspiro, y siento que puedo olvidarme de la discreción. De pronto tengo frío, a pesar de la temperatura tropical, y la mano de Nils parece arder. La carne de gallina me invade, mis pezones se tensan y reclaman su calor. Entonces pasa de uno a otro masajeándolos suavemente; cada vez que su pulgar roza un pezón, una pequeña descarga eléctrica, exquisita, me atraviesa de lado a lado. Cuando pellizca otro delicadamente, ni muy fuerte ni

muy suave, solo lo necesario para hacerme despegar, al límite extremo entre el dolor y el placer, me provoca palpitaciones hasta las bragas, que se humedecen. Intento abrir los muslos, para aliviar un poco el hormigueo entre mis piernas y en mi sexo, pero estoy bloqueada por sus rodillas dobladas que me aprisionan. Insisto, con la frustración multiplicando mis fuerzas, pero no cede ni un milímetro. ¡No voy a ponerme a suplicarle que me tome después de cinco minutos de preliminares! ¡Apenas si me tocó!

Sin embargo, a mi cuerpo le parece interesante la idea y se tensa hacia él. Entonces, me deshago de la cobija y paso mis dos piernas por encima de las suyas, separándolas impudicamente y entregándome totalmente a él, a sus manos, que ahora me impiden cerrar los muslos, atrapados entre los suyos que hasta pueden obligarlos a abrirse más todavía. De todas formas, no pienso cerrar nada antes de haber apagado ese fuego líquido que hierve en mi sexo y se expande alrededor por ardientes oleadas. Una pequeña corriente de aire fresco viene a lamer la tela empapada que cubre mi clítoris hinchado. Las caricias de Nils sobre mis senos se vuelven más insistentes, mis pezones maltratados siguen reclamando más, y él se los da. Pero no parece decidido a deslizar su mano derecha bajo mis bragas, para apaciguarme un poco...

... *Al menos un poco, por favor, Nils.*

Pero, no contento de negarme eso, me prohíbe tocarme, bloqueando mis dos manos con la suya. Mi cuerpo se tensa, comienzo a no saber si es sólido o líquido, ondulo suavemente, saboreando el roce del algodón sobre mi clítoris, muy lejos de ser satisfactorio. Lucho para dirigir su mano hacia mi sexo que no deja de mojarse y de pulsar, de clamar por sus dedos, su lengua, su sexo, en vano. Gimo ondeando con todas mis fuerzas. Siento la sonrisa de Nils en mi cuello.

– ¿Esto te divierte?

– En cualquier caso, me gusta - responde mordisqueándome, con su mano empezando (¡por fin! ¡por fin! ¡Por fin!) a descender hacia mis bragas.

Me arqueo bajo su caricia, y mis nalgas, retrocediendo, llegan a golpear contra algo increíblemente duro e imponente. Un gruñido se le escapa...

– Puedo sentir eso, digo sonriendo.

Su mano derecha se apoya brutalmente de mi sexo para jalarme hacia él, para aplacarme con más fuerza contra el suyo. La violencia de su gesto me arranca un grito de sorpresa y provoca simultáneamente un orgasmo instantáneo y un movimiento de pánico. Instintivamente, quiero volver a cerrar los muslos pero me encuentro bloqueada por sus rodillas que, al contrario, se separan un poco más, obligándome a hacer lo mismo. Después de este breve acceso de rudeza, Nils regresa inmediatamente a su suavidad, murmura algo en noruego, no entiendo nada, pero su voz es tranquilizadora, sus besos son tiernos, sus dedos bajo mis bragas se deslizan por mis labios empapados, y mi piel se enciende instantáneamente, llevada por un poderoso deseo que me estruja el vientre. Él juega ahora con mi clítoris, lo rodea, lo acaricia, lo cosquillea. Gimo y ondulo al máximo, siento cómo todo inicia de nuevo, froto mis nalgas contra su sexo, se siente tan bien, ya no sé si quiero sentirlo en mí, enfrente, detrás, o si quiero que me haga gozar con sus dedos, que haga explotar mi clítoris. Los resortes de mis bragas, tensados hasta el extremo por su mano y sus movimientos amplios, me cizallan la carne, pero no me importa. De pronto, vuelve a cerrar las rodillas, y sus dos manos ya no están sobre mis senos, ni sobre mi sexo.

– ¡¿Bromeas?! - pregunto ahogándome. - ¿Por qué...

No me deja terminar; toma mis piernas para juntarlas, me levanta las nalgas y mis bragas desaparecen; me levanta los brazos y es el turno de mi camiseta. Dos segundos más tarde, veo su bóxer volar hacia el fondo de la cajuela. Como si no pesara más que una muñeca de trapo, me

reacomoda sobre él, en la misma posición, pero sin la barrera de la tela, mi espalda desnuda contra su torso, piel con piel, su sexo palpitando entre mis nalgas, mis muslos separados frente al bosque. Nunca me había sentido tan desnuda, tan abierta, tan vulnerable, en toda mi vida. No tengo mucho tiempo para pensar en lo indecente de la situación, Nils retoma exactamente donde se quedó y mi cuerpo reacciona en un cuarto de segundo. Sus dedos me penetran; primero uno solo, mientras que su pulgar continúa presionando sobre mi clítoris en fuego, luego otro, va y viene, y quisiera decirle lo delicioso que es, ¡tan delicioso! Pero las palabras se me escapan, huyen, me traicionan.

– Es... Yo... Nils... ¿Nils...?

– ¿Sí?

– Nada... Continúa...

– A sus órdenes, princesa.

Bajo la mirada hacia mis muslos, para ver su mano izquierda penetrándome, una bella mano grande con dedos largos y gruesos, que salen brillantes con cada vaivén. Unos dedos que me procuran un placer loco, más intenso que cualquier otro sexo antes. Admiro también su brazo, sus músculos que se dibujan bajo su piel, de una blancura irreal bajo el claro de luna, que se tensa cada vez que sus dedos se hunden en mí, más fuerte, más adentro. Esta visión me excita todavía más, y debo morderme la mano para no gritar de placer. Sin detenerse, Nils me retira mi palma de la boca y presiona la suya contra mis dientes.

– Voy a hacerte daño - jadeo.

– No te preocupes por eso - responde besándome.

Ahora su fuerza es tal que mi cuerpo se eleva ante cada asalto, golpeando contra su sexo erguido entre mis nalgas. La pick-up se balancea y la suspensión rechina, pero apenas si me doy cuenta de esto. El placer es más fuerte que yo y me deja sorprendida, apasionada, desorientada, pero terriblemente vibrante. Ya no pienso más, lo muerdo con fuerza. Él ni siquiera se inmuta, pero en mi cuello su aliento se ha vuelto ronco y más rápido, siento sus abdominales tensos al extremo contra mi espalda, sus muslos son duros como una roca. Y cada vez quiero más. Pero no sola. De pronto, me parece evidente; no quiero solamente que me haga gozar, quiero que me tome, sentir su sexo llenándome, quiero que los dos gocemos juntos.

– Nils - balbuceo.

– Sí, princesa - responde él con una voz ronca pero increíblemente controlada en vista de las circunstancias.

– Se siente muy bien, pero...

– ¿Pero...?

– En mí - resoplo. - Te quiero en mí...

Él gime aplacándome de nuevo con una fuerza increíble hacia sí, con su palma aplastando mi clítoris, su brazo cortándome la respiración, pero esta vez, no me da miedo, lo único que podría hacer es que me venga ante de tiempo.

– ¿Tienes un preservativo? - pregunta en un suspiro.

– No - digo intentando, sin éxito, contener mis emociones.

– *Faen i helvete !* - gruñe inmovilizándose (y con esa entonación furiosa, no necesito un diccionario para comprender que eso debe significar « ¡maldita mierda! » o algo así).

– Pero está bien - digo en medio del suplicio, temblando de impaciencia por finalmente tenerlo en mí.

– ¿Segura?

– ¡Sí! Para eso está la pastilla... Te lo suplico, Nils...

Entonces él me levanta de las caderas y, sin más demora, me empala lentamente sobre su sexo. Escucho su aliento bloqueándose bruscamente, siento sus manos crispándose y hundiéndose en mi carne; sin embargo, mantiene el control y me hace deslizar suavemente, Me retiene, evitando que descienda con demasiada brutalidad, porque no importa lo empapada, abierta, ofrecida y excitada que esté, Nils es de los que están muy poderosamente dotados. Desde que comenzó a penetrarme, me arrepiento de ya no tener su mano para morder; ¡es delicioso, tan delicioso sentirlo dentro de mí, llenándome, que seguramente no voy a poder contener los gritos!

Cuando ya descendí hasta el fondo sobre él, permanezco inmóvil por un instante, para habituarme y retomar el aliento; intento acoplarme al suyo. Nils suelta mis caderas y regresa a estimular mi clítoris, que era todo lo que esperaba, y la máquina de placer está de vuelta. Nos movemos lentamente, juntos. De nuevo, volteo hacia él para mirarlo... Es tan bello. Acaricio su rostro, sigo la línea de su boca, tan suave. Lo provocho. La punta de su lengua juego con mis dedos, y eso nos hace sonreír. Mantengo su rostro en mi mano y él frota su mejilla contra mi palma. Es un momento perfecto, intenso y tierno.

Después, vuelvo a poner ambas manos a ambos lados, me levanto, doblo las piernas debajo de mí y ondulo encima de él, primero suavemente y luego cada vez más fuerte a medida que nuestros sexos se encuentran y se doman. Mi Vikingo se mueve debajo de mí, pero me deja llevar la danza, no se impone, y eso me da confianza; comienzo a encontrar mi ritmo... y el suyo. Lo escucho respirar más fuerte y gemir, y eso me excita. Mierda: ¡yo, Valentine, soy capaz de hacer gemir a un tipo como Nils! Eso me excita casi tanto como sus dedos que, milagrosamente, siguen yendo y viniendo sobre mi clítoris inflamado, su mano que regresó a mi cadera y que la da más amplitud a mi movimiento y su sexo que me colma y me penetra. Vacilo entre dos estados; mi deseo en parte saciado por su sexo, pero exacerbado por sus dedos entre mis muslos. ¡No sé cómo le hace para ocuparse de ambos pero no quisiera que se detenga por nada! Es divino, casi insoportable, todo mi cuerpo tiembla y la tensión tortura todos mis músculos.

– Oh, Nils... Nils... tu mano... tu sexo... te lo ruego...

– Valentine...? - interroga apretando sus dos manos sobre mi sexo abierto, hundiéndose con más fuerza en mí, aplastando mi clítoris.

– ¡Oh! ¡Sí! ¡Sí! ¡Nils! ¡Así! -grito sin ningún pudor. - ¡¡Justo así!!

Él me toma con más fuerza todavía y eso es justamente lo que esperaba, levanto las manos para tomar su cabello, sólo quiero una cosa: dejarlo llevarme a donde quiera, como quiera, ¡pero fuerte! ¡Lejos! ¡Más! Y eso es lo que me da, exactamente, con toda la fuerza y el poder fenomenales de los que es capaz, hasta la explosión, hasta mi doble orgasmo que nos sacude a ambos, que nos deja jadeando, empapados, agotados... ¿felices? En cualquier caso: saciados. Nils hunde su rostro en mi cuello, como si no debiera soltarlo nunca más.

Cuando nuestras pieles sudadas se han secado, Nils abre los brazos, que tenía a mi alrededor y me levanta para separarme de él. Me abandono, como un títere sin cuerdas, adormecida. Él se estira y me jala hacia sí, me acomodo contra su gran cuerpo, estremeciéndome hasta que nos cubre con su cobija. Y me duermo.

A lo largo de la noche, una sensación de frío me despierta. Nils ya no está a mi lado. Estoy sola en la cajuela de la pick-up. Permanezco por un lago tiempo con los ojos perdidos en las estrellas, pero no regresa. Termino por acomodarme en posición fetal dentro de mi cobija, con un nudo en la garganta, y por volver a dormirme...

## 6. Bestias salvajes

### Nils

Después de unas quince horas de vuelo, con una escala en París para dejar a Aïna y Samuel, Valentine y yo aterrizamos en Los Ángeles bajo un sol pesante. Agosto en Santa Mónica es casi tan caliente como Madagascar. Pero hay muchos menos chicos armados con machetes en las calles... Valentine no me habla desde anoche; supongo que acostarse con un hombre del pueblo debe ser algo muy fuera de lugar para una princesa de su rango y se sigue preguntando cómo pudo caer tan bajo. Pero no importa, fue una experiencia interesante. Gozosa, intensa, inédita.

Cuando le regreso a su hija, después de que esta pasara tres días en cautiverio entre las manos de tipos que arreglan sus problemas descuartizando a la gente, Darren Cox nos recibe en su inmensa sala ultra-design, casi tan fría como un iceberg:

– No la traje antes de lo estipulado, Eriksen.

– Pero tampoco después - digo señalando una extraña obra de arte de acero obscurecido y de latón cepillado, coronado por seis tubos Nixie que muestran las 11 :49 :47 en un ambiente surrealista. A excepción que su reloj no tenga la hora exacta.

Él aprieta los labios antes de voltear hacia su hija:

– Valentine, espero que no hayas olvidado nuestra reunión con Microclear en dos horas.

– Es en lo único que he pensado en toda la semana - responde ella cáustica. - Y hola, Darren. A mí también me da gusto verte de nuevo...

– Feliz regreso al Reino Encantado, princesa - murmuro con un deseo intenso por sacarnos de aquí.

Ella me lanza una pobre sonrisa antes de lanzarse a los brazos de su madre, una mujer alta que acaba de atravesar la puerta corriendo, con los ojos llenos de lágrimas. Durante su abrazo, Darren y yo nos quedamos frente a frente. Un momento bastante incómodo. Y largo.

Recargo la punta de una nalga sobre un elegante sillón tan cómodo como una roca, y estudio tranquilamente a los protagonistas de este rencuentro familiar. Deduzco que la Sra. Cox es todo lo contrario a su marido; amable, emotiva, simpática y probablemente depresiva. Que ella y su hija se adoran y son muy cercanas, contrariamente a Darren que me da la impresión de no conocer a ninguna de las dos. Visiblemente, él tiene la sensibilidad de una licuadora y ni una fibra paternal en su cuerpo.

Mi atención se dirige en seguida hacia el reloj, definitivamente soberbio y fascinante, incongruente en esta decoración glacial, futurista y minimalista. Un objeto casi *steampunk*, cuyos cuatro pies extendidos, como largas patas estiradas, le confieren una imagen arácnida.

– Es una Nixie Machine - me informa Cox al sorprender mi mirada. - Más de trescientos cincuenta componentes de acero colocados a mano por el creador. Doce ejemplares en el mundo, todos únicos.

– Impresionante - digo con sinceridad.

– Gracias - responde con orgullo, como un hombre recibiendo un cumplido sobre sus hijos.

Luego aparece su abogado, arreglamos la cuestión de mi salario, y es hora de regresar a Manhattan, donde me espera Willy, mi wombat favorito. Valentine y yo nos separamos sin gran

ceremonia. Presionada por su padre, impaciente por encontrarse con el director general de Microclear, ella me estrecha la mano, la sacude, vacila, para finalmente soltarla precipitadamente mientras se queda plantada allí, murmurando:

– Gracias. Por salvarnos la vida, por mi puño, por el vary coco, por los lémures, por... bueno, ya sabes, por todo. Yo... Estuvo... Lo aprecié mucho - concluye ella con un guiño dirigido hacia la palma de mi mano, sobre la cual se encuentra marcada, muy claramente, la huella de sus dientes, recuerdo de esa noche, cuando me mordió para ahogar sus gritos de placer.

– De nada - respondo divertido por su incomodidad. - Tu padre me pagó bien.

– ¡...!

– Es una broma - preciso al ver su expresión. - Deja de enojarte por cualquier cosa.

– No fue chistoso. Tu humor es terrible - gruñe antes de dar la media vuelta para ir con Darren quien se impacienta mirando su reloj.

Y así es como uno se despide a lo tonto.

\*\*\*

Algunas horas más tarde, de regreso en Manhattan, en mi habitación del Sleepy Princess, un pequeño hotel acogedor, propiedad de mi amigo Roman Parker, me rencuentro con mi Willy. Él me hace una fiesta jovial gruñendo y galopando, molestando a todos los demás huéspedes.

– ¡Ah! ¡Señor Eriksen! - exclama el gerente del Sleepy Princess, salvando al vuelo el florero de una mesa baja que Willy golpeó con su gran trasero. - ¡Qué alegría volver a verlo!

– Igualmente, Anthony. ¿Willy se portó bien?

– ¿Está bromeando? - se ahoga él. - ¿Bien? ¿Esta calamidad de marsupial? Ahuyentó a la mitad de la clientela, devastó el jardín, destripó un sillón y mordió al dálmata de la Srita. Garnier. Tuve que llamar a su amigo veterinario, el doctor James McDowell, para que lo cosiera.

– OK - suspiro tomando a mi Willy del cuello para empujarlo hacia mi habitación. - Nada nuevo, entonces. Arreglaré todo eso con Roman, James y esa señora...

– Señorita Garnier, habitación 12, a dos puertas de la suya.

– Perfecto. Gracias por cuidarlo, Anthony.

– Le traeré un tentempié, tengo un surtido de deliciosos bagels del cual ya me dirá su opinión.

– ¡Genial! ¡Eres una perla, Anthony! Si no tuvieras barba, me casaría contigo.

– Dios me guarde - responde él retrocediendo. - No soportaría tener un hijastro tan turbulento - agrega mirando a Willy.

Luego, con mi fiera siguiéndome los pasos, me encierro en mi habitación y me recuesto sobre mi cama. Le envió un mensaje a Roman, para proponerle que vayamos juntos a correr esta tarde; necesito estirar las piernas después de dos interminables vuelos. Él me responde inmediatamente:

[OK. ¿Central Park, a las 8 ?]

[Perfecto. Por cierto, Willy remodeló y depuró la clientela en el SP..]

[Ya lo sé. James me dijo. Según él, me debes cerca de tres años de tu salario por los daños...]

No me sorprende... Tan sólo el sillón costaría dos veces mi auto... Roman es multimillonario, pero atención, no de esos que solo piensan en pasear en su yate para visitar sus tres mansiones. Salido de la nada y gracias a un IQ de miedo, él se convirtió en uno de los más ricos de los Estados Unidos, con el negocio de la biotecnología. Así que para él cualquier objeto insignificante vale un riñón para el resto de los mortales. Afortunadamente para mí, es un hombre generoso y poco formal, que le da más importancia a la amistad que al mobiliario. Además, debido a que en el pasado ayudé varias

veces a salvar la vida de Amy, su querida esposa, gozo del beneficio de su indulgencia ilimitada. En resumen, Roman es un tipo que vale oro y mi mejor amigo - junto con Samuel. Tengo un proyecto con él y su socio Malik Hamani, un hombre brillante, un genio en la biología. Pero no quiero lanzar nada sin tener los fondos para apoyar mi idea. Obviamente, mis dos aliados me ofrecieron un préstamo (Roman hasta quería financiar todo de su propio bolsillo y regalarme sus acciones) pero lo rechacé. No, hay cosas que uno debe hacer por sí mismo. El dinero de Darren Cox me llegó del cielo; me permitirá financiar la mitad de la inversión inicial. Sólo me queda encontrar la otra mitad... En vista de la capacidad de Valentine para meterse en problemas, tal vez tenga esperanza de volver a ser contratado dentro de poco...

\*\*\*

Después de una ración de bagels absolutamente divinos, una pequeña siesta digestiva y ofrecer mis disculpas a la linda rubia dueña del dálmata que quería a toda costa invitarme a su habitación (por no decir a su cama), me pongo un short y tenis para ir con Roman a Central Park. Al salir, llevo a Willy al jardín y dejo detrás del mostrador un sobre con cinco billetes de cien dólares en una tarjeta de felicitación con colores fosforescentes, dirigida a Tilly Gomez. Esta será entregada al correo mañana. Dudé en escribir algunas palabras en la tarjeta, pero, ¿qué podría decir? También dejo todo el dinero que me queda, unos sesenta dólares, como propina para Anthony, para agradecerle que haya cuidado a Willy y resistido la tentación de rostizarlo para la cena.

Roman y yo damos dos vueltas al parque con bastante velocidad mientras conversamos. Él está contento de poder al fin lanzar nuestro proyecto, pero puedo ver que algo más le molesta. Se niega a hablar de ello y no insisto, así que continuamos corriendo en silencio. No es un silencio pesado ni incómodo, simplemente un silencio de respeto hacia el otro. Me concentro en mi camino, Roman aprieta el paso y yo debo esforzarme para seguirle el ritmo. Es muy rápido, todo un corredor, una maldita liebre; correr con él me permite mejorar mi velocidad, pero seamos honestos, me estoy muriendo (por decir lo menos). Por otra parte, yo le enseño cómo no dejarse vencer en el ring. A menudo, eso le vale algunas heridas y moretones, pero no me guarda rencor. Pero su bella esposa, la encantadora Sra. Parker, no soporta que maltrate a su hombre:

– Aquí venimos a practicar box, Amy, - debo recordarle cuando me salta encima después de un combate. - A mí también me toca sufrir a veces. Así es el deporte.

– ¡Es un deporte de salvajes! - protesta. - Y para ti, los golpes no son nada. ¡Tienes la sensibilidad de un tanque!

– Si quieres que no salga lastimado, inscríbelo en un festival de tap.

– No soy bueno para el tap - interviene el interesado, a quien nuestros juegos divierten.

El rugido de un león, cuando pasamos cerca del zoológico, me regresa al presente. Roman desacelera al fin, y retomamos una velocidad tranquila que nos permite regresar a nuestra conversación. Ambos estamos empapados en sudor, relajados, tranquilos. Regreso al Sleepy Princess trotando para no enfriarme y terminar enfermándome; Roman me acompaña, está en su camino.

– ¡Oh! ¡Señor Eriksen! ¡Qué sorpresa! - coquetea la linda rubia con el dálmata cuando entramos en el vestíbulo.

Con un vestido tubo verde pálido que le daría pensamientos lujuriosos hasta al hombre más santo, ella continúa, mostrándome sus (magníficos) senos de cerca:

– Es mi última noche en la ciudad y estoy sola. Voy de salida al Death & Co: ¿tal vez podríamos vernos ahí?

- Lo haría con gusto, señorita Garnier, pero le prometí a mi amigo que pasaría la noche con él, - le digo. - Acaba de perder a su abuela - agrego con voz más baja.
  - No sabía que cenaríamos juntos, - me dice Roman perplejo cuando ella nos deja, no sin antes lanzarle un guiño de conmiseración para después tomar su taxi.
  - Es dueña del perro al que Willy mordió. Es amable pero no hay manera de deshacerse de ella.
  - ¿Y entonces? ¿Estás enfermo? Es la primera vez que te escucho decirle que no a una mujer.
  - Pues, no me inspira mucho...
  - OK... Esa chica es una bomba atómica, pero si tú lo dices... Le avisaré a Amy que vas a comer con nosotros, concluye sin insistir más y tecleando un mensaje al que ella responde sin demora.
- [Genial :) Hice un pastel de carne para 8 personas, espero que baste.]

\*\*\*

Al día siguiente, después de una excelente velada que se prolongó hasta tarde, y una noche en la recámara de huéspedes de los Parker para evitar que la señorita Garnier me atacara de regreso a mi casa, acompaño a Roman a San Francisco. Estoy a cuatro horas de viaje en jet y tengo que ver un viejo conocido, que se hospeda en la lujosa prisión de San Quintín, en el distrito de máxima seguridad en el estado.

- Eriksen, si logara sacarle toda la verdad acerca del tiroteo en Las Vegas, justificaría el favor que le hago al permitirle visitarlo cada vez que lo desea, - me dice el director de la prisión, un hombre pequeño con anteojos, seco y directo como una bala.

- No es a mí a quien le hace el favor, Braskell, sino a la agente especial Frances Devon, del FBI - le recuerdo.

- Efectivamente - suspira con amargura. - No quiero saber lo que está haciendo con ella, pero hay que tener cuidado con No-Name, Eriksen. Ese hombre debería ser enviado a una cámara de gas, es un sociópata, una bestia salvaje. Usted cometió un error monumental al convencer al procurador de que le cambiara la pena de muerte por cadena perpetua.

- ¿Puedo verlo? - insisto.

- ¿Le hablará del tiroteo? Hubo doce muertos. Entre los cuales se encuentran dos niños cuyo único error fue encontrarse en el lugar y momento equivocados.

- Hablaré de esto con él - digo. - Pero no prometo nada, ya lo conoce...

- Justamente, no. Desde que está aquí, no ha soltado ni una palabra, a nadie, ni siquiera a sus compañeros de celda, quienes lo evitan como si fuera la peste. Meses de silencio. Usted es el único a quien le dirige la palabra. Nos preguntamos por qué, de hecho, si fue usted quien lo envió aquí.

- Parece ser que no es rencoroso...

- Aun así no nos queda muy claro cómo un tipo mudo como una tumba aceptaría decirle a usted toda la verdad. ¿Qué hay entre ustedes?

- Tal vez sea la manera que tiene de agradecerme que le haya evitado la cámara de gas. O quiere pedirme matrimonio pero es muy tímido para hacerlo.

El director me lanza una mirada de poca amabilidad, pero llama a un guardia para que me acompañe a la sala de visitas, a donde llega No-Name. No-Name es un tipo de unos treinta años, bajo, fornido, musculoso, con la cabeza rapada y tatuada. Tiene una enorme cicatriz hinchada que le rodea el cuello, como si le hubieran cortado y vuelto a coser la cabeza sobre los hombros rápidamente y mal. Antes de que se lo entregara a la agente Devon, era uno de los mercenarios más eficaces del planeta; tuve que seguirle el rastro durante todo un mes por el Amazonas para atraparlo. Estuve a

punto de morir en el intento, pero tenía una muy buena motivación: Amy, la esposa de Roman, corría peligro de muerte y él era el mercenario... O lo atrapaba, o ella moría. Tan simple como eso.

– Hola No-Name, - digo sentándome frente a él. - ¿Cómo te trata la vida entre cuatro paredes?

– Bien. Al menos estoy al abrigo de los rayos UV - responde con su voz chirriante, apenas audible.

No sufriré de cáncer de piel.

– Me alegro por ti. ¿Sabes algo acerca del tiroteo en Las Vegas?

– Sé que eso no te incumbe.

– Dos niños murieron en el acto.

– No soy partidario de ayudar a todos los policías del país, Eriksen. No soy la Madre Teresa.

– OK, olvídalo. ¿Y Marin Pebble te dice algo?

– No viajaste tan lejos para hablar de esa marioneta.

– ¿Y por qué no?

– Porque te conozco. ¿Qué es lo que quieres?

– Información sobre Pebble.

– No es cierto. No me necesitas para eso. Si no, en verdad fracasaste como investigador.

No se equivoca en eso. Pero entonces, ¿qué diablos estoy haciendo aquí? No es la primera vez que me pregunto esto. Al paso de los meses, mis visitas a No-Name se han vuelto como una droga, una válvula de escape, una necesidad compulsiva de hablar con alguien que sabe, que conoce, que puede comprender. No-Name no es un amigo, pero sabe lo que es tener las manos manchadas de sangre. Mucha sangre.

– ¿Tienes problemas con tu consciencia? - ríe, ladino. - ¿Al fin te diste cuenta de que los dos nos parecemos? ¿Quieres que nos hagamos mejores amigos?

– Vete al diablo. Yo no tengo nada que ver contigo.

– No te hagas el susceptible. Por supuesto que tú y yo somos de la misma especie. La de los asesinos.

– No soy un asesino.

– ¿Ah no? ¿Y cómo llamas a un tipo que ha matado a decenas de personas? Seguro que tú has terminado con tantas como yo. Si no es que más.

– Estás desvariando, ya lo hemos hablado diez veces. No te hace bien dar vueltas en tu jaula todo el día. Yo era un soldado.

– Sí... ¿cuál es la diferencia conmigo? Aparte de que tus servicios eran peor pagados que los míos, porque el Estado no reconoce esos talentos tan particulares...

– La diferencia, es que yo no sigo las órdenes de tipos enfermos, no masacro a los inocentes ni vendo mi alma por dinero. Y como dices, tengo una consciencia.

– Genial. Bravo. Pero lo único que cambia, es que yo beneficio a una persona: mi banquero. Mientras que tú no beneficias a nadie. Tienes 33 años y jamás ha habido en tu vida una familia, una esposa o un hijo. Ni banquero que te agradezca. Apenas uno o dos amigos, como Parker o Torres. Las mujeres caen a tus pies, pero no puedes retener a ninguna. ¿Y sabes por qué? Porque a pesar de tu « consciencia », no amas a nadie, ni siquiera a ti mismo. Tampoco odias a nadie, de hecho, y creo que eso es lo peor de todo. Simplemente no tienes emociones, eres frío. Vacío. Como yo. Pero todo esto lo sabes desde hace tiempo, ¿no es así? Si no, no estarías aquí. Estás aquí porque somos de la misma especie, y sólo yo puedo comprenderte.

Jamás había escuchado a No-Name hablar tanto, y ya no se detiene. Sus palabras se abren camino en mi cabeza como excavadoras en un bosque, talando y devastando todo a su camino. Ahora tengo dos opciones: romperle la cabeza para que se calle o irme de aquí apretando la mordida.

Presentarme aquí, frente a esta bestia feroz al acecho del menor signo de debilidad de mi parte, ha sido la experiencia más masoquista de mi vida. Finalmente, me voy antes de darle la razón y esparcir su cerebro en la pared del lugar.

Al dejar la prisión, camino hasta el mar, aliviado de dejar los pasillos lúgubres de San Quintín para regresar al sol de plomo de California. El cielo. El agua perdiéndose en el horizonte. El silencio. Aquí, no hay una voz rechinante y gruñona para acosarme, sólo el murmullo hipnótico de las olas.

Distraídamente, sigo con la punta de los dedos la marca de los dientes de Valentine, incrustada en mi palma...

## 7. ¿Y ahora?

### Valentine

*Y pensar que la semana pasada, desde el fondo de mi cabaña de aluminio, hubiera vendido mi alma para regresar a esto...* pienso mientras escucho a Lewis Cole, un pequeño hombre encantador, panzón, canoso y aburrido.

Llevo las dos horas que ha durado esta interminable reunión en la gran sala de la torre Cox, en el corazón del Downtown Downtown de Los Ángeles, intentando concentrarme en los diagramas, gráficas, presentaciones, *mind-maps*. En vano. Sólo logro lastimarme la mandíbula de tanto ahogar mis bostezos. Cole lograría convertir una amenaza de invasión alienígena o de una oferta pública de adquisición hostil en algo tan emocionante como las aventuras de *Minnie Mouse en el dentista*. Un breve vistazo alrededor me permite constatar que no soy la única que lucha contra el aburrimiento. Inclusive mi padre y su brazo derecho, Lana Wright alias « la dama de acero », se están quedando dormidos. Todos tendemos más a distraernos durante las presentaciones de Lewis que es un hombre extremadamente capaz cuya vigilancia, trabajo y conclusiones nunca han fallado desde hace treinta y cinco años que trabaja en el grupo. Todo el mundo le tiene una confianza ciega y sólo se interesa en su resumen final, siempre precedido por dos horas de explicaciones en un tono monocorde y soporífero.

Manteniendo una oreja atenta al discurso de Lewis, aprovecho la somnolencia general para abrir discretamente una página de Google en mi celular: por primera vez desde mi regreso a Madagascar, la semana pasada, me decido a escribir « Nils Eriksen » en la barra de búsqueda. Es algo estúpido, pero no logro sacármelo de la cabeza, aun cuando esa noche entre sus brazos no fue más que una locura que no tengo ninguna intención de repetir. Después de descartar el perfil de un futbolista muerto desde hace 40 años, y el de un diablillo de 9 años maquillado como tigre y que inunda su Facebook con fotos de sus rayas, reúno un poco de información que podría corresponder al Nils que me interesa. Desafortunadamente, no consigo gran cosa, sólo que hace poco abrió su propia agencia de detectives. Un buen negocio. Sin embargo, ninguna foto de él, ni sitio en Internet, cuenta en Facebook, Instagram o Twitter.

*¡Mierda!*

Cierro mi computadora con un golpe seco que hace sobresaltar a todo el mundo, lo cual me vale una mirada de reprobación de mi padre. Le sostengo la mirada, decidida a no dejarme regañar por un hombre que tiene una aventura con su empleada desde hace diecisiete años. Lana no se pierde nada de nuestro intercambio silencioso. Me acomodo en mi sillón masajeándome mecánicamente el puño; esto se ha vuelto una manía últimamente. Ya no me duele, pero este simple gesto me recuerda a los dedos de Nils sobre mí, nuestro primer contacto piel con piel e, inexplicablemente, eso me tranquiliza.

Cuando Lewis termina su presentación, me aísla un momento con él para pedirle un reporte sobre la nueva rama de actividades de uno de nuestros más serios competidores en el mercado de la venta en línea.

– Quiero saber si su idea de trueque, que Lewis mencionó rápidamente, es viable - le digo a mi

padre cuando me interroga sobre las razones de mi interés. - Puede que sea algo loco pero no estúpido; si vende bien, deberíamos mejorarla, desarrollarla, y ganarles sin que se lo esperen.

Darren asiente con la cabeza:

- ¿Entonces sí estabas escuchando la presentación de Cole finalmente?

- Obviamente.

- Bien. Muy bien. Fuiste la única que notó ese detalle. Me pregunto para qué le pago a los otros...

Después de este cumplido excepcional, él se encierra en su oficina, seguido por Lana.

\*\*\*

La semana siguiente es interminable y pasa con una lentitud desesperante, a pesar del frenesí del trabajo, las reuniones y las citas que se encadenan y multiplican. Miro con ojo crítico lo que me rodea y me pregunto cómo puedo llevar años viviendo así, corriendo detrás del tiempo, de las personas, del dinero, de los contratos. Si bien aprecio mi regreso a la civilización, a su confort, su aire acondicionado, sus jacuzzis (¡con o sin hielos!), su lujo impactante, sus mosquiteros y sus hombres refinados, todo me provoca insatisfacción. Me parece insuficiente de repente. Agradable pero indiscutiblemente insuficiente. Falta algo en mi vida perfecta. Tal vez un poco de adrenalina, de polvo y de humor negro...

El último viernes de agosto, de regreso de la oficina, paso a casa para saludar a mi madre y me voy a mi apartamento - de 300 m<sup>2</sup> con terraza, ubicado en el ala oeste de la mansión - para prepararme para salir de fiesta. Podría vivir en cualquier otro lado de la ciudad, y Dios sabe cuánto me gustaría, pero... no puedo dejar a mi madre sola. De por sí ya ha sufrido bastante. La vida con Darren no es exactamente un placer y yo soy lo más importante en el mundo para ella. De hecho es recíproco, aun cuando seguramente no lo demuestro lo suficiente.

Después de una larga ducha, y como al fin ya me deshice de los moretones y las picaduras de mosquitos que decoraban mis piernas, me pongo el pequeño vestido Givenchy negro que mi mamá me regaló ayer, una belleza de satén y encaje. ¡Lo adoro! Luego llamo a un taxi que circula por las calles saturadas de las colonias chics de L.A. Le envío un mensaje a Aina:

[Ya te extraño. ¿Qué voy a hacer sin ti?]

Estoy por guardar mi teléfono, pero ella me responde inmediatamente, a pesar de la diferencia de horario:

[¡Espero que cosas sucias! ¿Cómo vas con tu vikingo?]

[Muy mal. No ha habido noticias.]

[Lástima. Se veía genial.]

[Sí. Debe haber regresado a su embarcación vikinga para beber hidromiel en el cráneo de sus enemigos...]

[¡Seguramente! Volví a ver a Samuel, ¿quieres que le pida su número?]

Dudo un poco antes de teclear:

[No. No me importa. Sólo fue cosa de una noche.]

[¿Ah sí?]

[Sí.]

[¿Estás segura?]

[¡SÍ!]

[OK, OK... ¡Pero una cosa muy buena, puesto que parecías flotar en las nubes al día siguiente, con todo el sol brillando en tus ojos!]

[OK, lo admito: fue muy bueno. (Bueno, está bien, el mejor que he tenido...)]

[¡Sacudieron tanto la pick-up que Samuel y yo nos sentíamos como en una licuadora!]

Río, aunque me mortifique un poco, y escribo:

[¡Lo lamento! Pero aun así: sólo fue de una noche...]

[Como quieras, eres más testaruda que una mula...]

[Tengo que dejarte. Besos, lindo lémur.]

El taxi me deja a la entrada del club privado donde se lleva a cabo la fiesta en la cual veré a Milo. No me he tomado un minuto para verlo desde mi regreso, y ya es hora de que deje de estar soñando con cierto rubio de ojos grises para regresar a mi vida. Mi vida real, en compañía de hombres que corresponden a mi ideal, elegantes, civilizados, cultos, y sobre todo incapaces de matar a alguien con algo más que no sea sus palabras. Y esta noche con todas esas estrellas y personas de todas partes me parece perfecta para ello.

– ¡Valentine, querida, te ves espléndida! - me dice Milo sonriendo cuando llego con él.

– Gracias - respondo un poco molesta por su tono posesivo. - ¿Es divertido este lugar?

Milo pone una mano en mi espalda baja para guiarme hacia el bar, mientras me cuenta los últimos chismes. Me da gusto volver a verlo, todo es simple con él, sé bien qué esperar. Es joven, apuesto, brillante, rico, sofisticado, predecible, confiable. Es tranquilizador. No estoy saliendo con él realmente, pero nos acostamos ocasionalmente, y si bien no es lo más increíble del mundo, tampoco nos aburrimos. Nos llevamos bien, nos comprendemos, nunca nos peleamos, y sé que le gusta tanto a Darren como a mi mamá, aunque a ella le parezca un poco simple. En fin, Milo De Clare es el partido ideal... y si tuviera un poco de sentido común, aceptaría comprometerme con él antes de que se canse y prefiera lanzarse a la conquista de una chica menos exigente.

Dos horas más tarde, comienzo a aburrirme inexplicablemente, a pesar del ambiente bastante divertido de la velada, cuando un amigo de Milo le da un codazo silbando en voz baja:

– ¡Mira eso! ¡Rita Shank! Y vaya que se esmeró esta noche...

– ¿La Rita Shank de la última película producida por Foreman? - pregunta un tipo detrás de mí.

– En persona - confirma el amigo de Milo.

Me volteo para admirar la criatura que parece hipnotizarlos a todos, excepto por Milo, quien tiene la gracia de alzar los hombros diciendo que prefiere a las morenas. Y me aferro a él, incrédula, impactada.

La Rita en cuestión no es solo una linda celebridad bien maquillada, es simplemente una pin-up pelirroja con cabello incendiario, una boca escarlata, ojos enormes, caderas a la Marilyn Monroe y senos que gritan « ¡libérennos! » mientras intentan salirse de su escote con cada paso. El paquete completo.

Pero no es tanto Rita la que llama mi atención sino el hombre que la acompaña, y sobre el cual ella pone una mano posesiva. Un hombre que sobresale entre los demás por más de una cabeza, muy elegante con un traje Lanvin gris acero magníficamente moldeando sus amplios hombros, con un cabello de un rubio casi blanco cortado a la perfección para separar su nuca y resaltar sus ojos de un gris inusual. Un hombre con rostro duro y cerrado, del cual emanan una seguridad y un poder que opacan a todos los demás hombres presentes.

Nils. Transfigurado, sin trenzas ni su pantalón de tela, pero Nils, no hay lugar a dudas. Y la mano de ella sobre él. Su mano con manicure perfecto y uñas rojas brillantes, que sube para acariciar su rostro. El rostro de Nils. Ese rostro que yo besé y sostuve entre mis manos mientras me hacía el amor, y que vino a hundirse en mi cuello después del orgasmo. Sí, el rostro de Nils, y los dedos de ella rozándolo...

Me volteo vacilando, al borde de las náuseas.

– Mierda... - murmura el amigo de Milo. - ¿Quién es ese gorila?

– No tengo idea, pero eso disuade a cualquiera de que querer ir a probar suerte - responde otro. -

Aunque sea para un simple autógrafo.

– ¿Valentine? - se preocupa Milo, a quien le estoy destrozando la mano. - ¿Te sientes bien?

– Sí, sí - digo, sintiéndome como si me hubiera estrellado contra una pared. - Bueno, no lo sé.

Creo que necesito aire fresco.

– ¿Quieres que te acompañe? - me pregunta, queriendo ser amable.

– No, te lo agradezco. Regresaré a casa, pero prefiero tomar un taxi.

Mierda. Nils. Me duele... Mucho... ¿Por qué me duele tanto? No debería. No fue mas que algo de una sola noche.

Al llegar a mi casa, paso al garage para apagar las luces automáticas y voy a la piscina frente a la mansión, que sigue en la penumbra. No quiero ver a nadie. Ni siquiera a mi madre. Me desvisto y entro en el agua refrescada por la noche. Nado, por mucho tiempo, hasta ya no sentir mis brazos, hasta ya no tener más que el ruido del agua en la mente. Nils... No es nada, sólo mi ego que acaba de recibir un golpe mortal: se tardó mas en saltarme encima que en remplazarme. Sí, soy vulgar (lo siento, papá), pero creo que en estas circunstancias tengo derecho. No es el momento para molestarme con lecciones de vocabulario y etiqueta.

¿Me arrepiento de esa noche? No. ¡No! ¡Diez veces no! Sin importar cómo esté todo hoy, fue algo mágico.

Sigo nadando, encadeno las brazadas para anestesiar el dolor. Normalmente, este método es eficaz, pero no esta noche.

Cuando me sacudo saliendo de la piscina, vuelvo a pensar en Nils en el lago Alaotra. El agua goteando en su cuerpo y haciéndolo brillar bajo el sol. Me siento en la terraza, frente al mar, agotada pero no por eso más tranquila, con la cabeza llena de imágenes de él, de nosotros. Me masajeo distraídamente el puño.

En mi iPhone, la alerta de una aplicación llama mi atención: « Retraso de 5 días. ¿Pronto una feliz mamá? » Me quedo un momento incrédula frente a mi pantalla que parpadea como si fuera la mejor noticia desde que al hombre caminó sobre la Luna. OK... era lo único que me faltaba. Bravo Valentine: si hubieras ido a todas las clases de biología, tal vez habrías aprendido que la mejor forma de hacer bebés es teniendo sexo sin condón ni pastillas...

Me dejo caer hacia atrás para estirarme sobre la terraza. Las tablas de madera me lastiman la espalda. Contemplo el cielo, las estrellas, la luna que ya no me sonrío, sino que me observa con su gran mueca de desaprobación. Acabo de arruinar todo en mi vida. Pero fue tan bueno... Nada nunca había sido tan bueno.

Cuando Nils se detuvo para preocuparse por los métodos anticonceptivos, creí que moriría de frustración. En serio. Casi hasta me dolía. Y no mentí realmente al responder que estaba bien, tampoco soy tan estúpida: desde que nuestro helicóptero llegó a la Reunión, corrí a la farmacia a comprar mi spray repelente de mosquitos... y la pastilla del día siguiente. Doce horas después del encuentro era suficiente tiempo; tenía sesenta horas de margen, tenía que haber funcionado. Pero al parecer formo parte del 5 % de los casos que fracasan. Mala suerte.

Sólo tengo que comprar una prueba de maternidad mañana a primera hora. ¿Y cuál es el plan B si sale positiva? ¿Me quedo mi mini Nils o corro a la clínica para que un doctor se deshaga de él? Si me lo quedo, ¿le aviso a Nils? ¿Lo arranco de los brazos de su modelo pelirroja para que vea mi vientre? ¿Y después qué hacemos? ¿Nos peleamos para saber de quién fue culpa o escogemos juntos el color

de los baberos? ¿Puedo criar sola a un pequeño Vikingo? ¿Quiero hacerlo? Un millón de preguntas me atraviesan la mente, golpeándose y reproduciéndose hasta el infinito.

Desorientada, me pongo una mano sobre el vientre, el cual acaricio pensativamente. En mi familia, tenemos la costumbre de embarazarnos del hombre menos indicado, del que no se va a quedar, el que no era más que un sueño, un espejismo. Así es como nos gusta hacer las cosas.

Sí, pero Nils... ¡Qué sueño tan increíble!

**Continuará...**

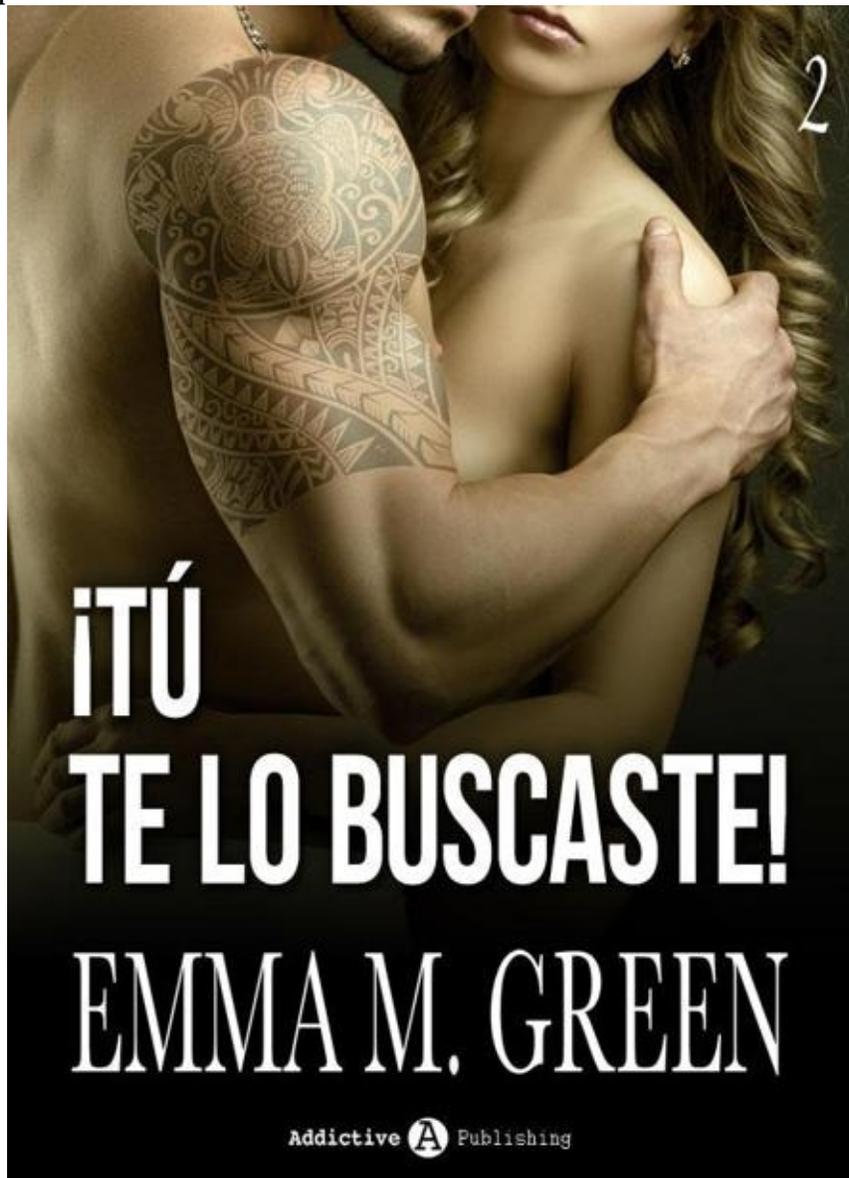
**¡No se pierda el siguiente volumen!**

## En la biblioteca:

### ¡Tú te lo buscaste! - 2

Tengo 24 años, un padre tiránico y un imperio babilónico que administrar. Mi fortuna colosal y mi lindo trasero hacen de mí el mejor partido en Los Ángeles. Si sonrío, todos desfallecen. Si ordeno, obedecen. Pude haberme llamado Mike, John o William, pero mis cromosomas decidieron otra cosa. Entonces me llamo Valentine Cox, soy una mujer que debe imponerse en un mundo de tiburones, y nada ni nadie se resiste a mis encantos.

Al menos hasta la llegada estrepitosa de Nils Eriksen, quien me salvó la vida, convirtiéndola en un caos improbable. Sin cesar, nuestros destinos coinciden, entrechocan, se mezclan, se entrelazan, y nuestros cuerpos sólo quieren imitarlos...

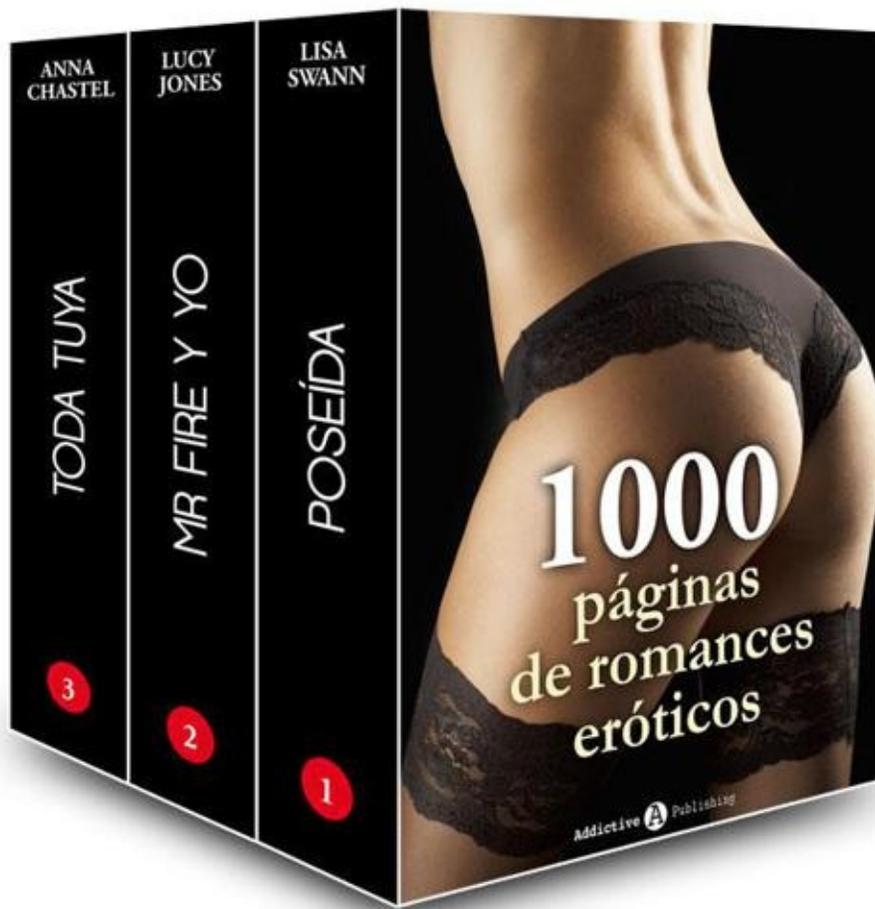


## En la biblioteca:

### 1000 páginas de romances eróticos

**Horas de romances apasionados y eróticos** Encuentre en su totalidad cerca de 1000 páginas de felicidad en las mejores series de Addictive Publishing: - Mr Fire y yo de Lucy K. Jones - Poseída de Lisa Swann - Toda tuya de Anna Chastel

[Pulsa para conseguir un muestra gratis](#)



© EDISOURCE, 100 rue Petit, 75019 Paris  
July 2016  
ISBN 9791025732007